

Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica

BERNAT MARTÍ OLIVER* Y JOAQUIM JUAN-CABANILLES*

RESUMEN

La neolitización de la Península Ibérica se presenta como un complejo proceso de alcance mediterráneo en el que participan los grupos epipaleolíticos de facies geométrica y los grupos neolíticos de las cerámicas cardiales. Junto al modelo de la dualidad cultural, se examinan las alternativas recientes a los procesos de difusión por colonización-aculturación, así como las interpretaciones funcionales de la diversidad manifestada por la cultura material y la actividad económica de los yacimientos neolíticos. La abundante documentación sobre los distintos grupos de población y su territorio en el área del País Valenciano y el Bajo Aragón, y los nuevos resultados conocidos en el Alto Aragón, Cataluña, Andalucía y Portugal, configuran un nuevo panorama de los primeros contactos entre los grupos epipaleolíticos y los neolíticos.

RÉSUMÉ

La néolithisation de la Peninsule Ibérique se présente comme un processus complexe d'implication méditerranéenne auquel ont participé les groupes épipaleolithiques de facies géométrique et les groupes néolithiques à céramique cardiale. En plus du modèle de la dualité culturelle, on examine les récentes alternatives aux processus de diffusion par colonisation/acculturation, aussi que les interprétations fonctionnelles de la diversité traduite par la culture matérielle et l'activité économique des gisements néolithiques. L'abondante documentation sur les divers groupes de populations et leur territoire dans l'aire du Pays Valencien et du Bas-Aragon, et les nouveaux résultats obtenus en Haut-Aragon, Catalogne, Andalousie et Portugal, définissent un nouveau cadre sur les premiers contacts entre groupes épipaleolithiques et néolithiques.

* Servicio de Investigación Prehistórica. Diputación de Valencia.

1. LA NEOLITIZACIÓN PENINSULAR: UN HORIZONTE LEJANO

La perspectiva de un proceso de neolitización que desde las costas atlánticas de la península Ibérica se dirige hacia sus orígenes, recorriendo el Mediterráneo hasta sus tierras más orientales, continúa afianzándose sobre puntos cada vez más numerosos. A manera de breve introducción, evitando reproducir aquí la historia de la investigación y sus distintas controversias, insistiremos en cómo la valoración de la especificidad de cada grupo humano, expresada por la singularidad que frecuentemente creemos reconocer en los distintos yacimientos neolíticos que estudiamos, resulta plenamente compatible con la constatación de determinadas coincidencias y relaciones que nos hablan de su incardinación en un proceso que se desarrolla sobre un espacio mucho mayor que el marco local de cada asentamiento, espacio que en nuestro caso alcanzaría una dimensión mediterránea en sentido amplio. Guilaine (1997, 26-27) se ha referido recientemente a la cadena continua que nos une al Neolítico Precerámico B de la zona comprendida entre el Jordán y el Éufrates medio, motor inicial de este proceso. En efecto, aquel complejo del PPNB sería el responsable de la neolitización de la parte meridional de Anatolia y de Chipre. Después, hacia el 7000 cal BC, los agricultores y pastores neolíticos alcanzarían Tesalia y Creta. Y algunos siglos más tarde, los encontraremos implantados en las dos orillas del Adriático y en Sicilia, identificados como Cultura de las Cerámicas Impresas. Siguiendo en los propios términos de Guilaine, «Plus à l'Ouest le relais de ce courant propageant agriculture et élevage sera pris par la culture à céramique cardiale, sorte de dérive occidentale de l'*impressa* adriatique, et qui se développera du Latium, de la Toscane et des îles de la Tyrrhénienne jusqu'au Portugal, en une série de groupes dans lesquels s'équilibrent dénominateurs communs et caractères à valeur plus régionale». Y esta será, precisamente, la evidencia de la que partiremos aquí: que tanto la cultura material, la actividad económica, el poblamiento, o cuanto vamos conociendo del ritual funerario y del mundo religioso de las primeras comunidades agricultoras diseminadas por el ámbito mediterráneo, tiende a estrechar los lazos entre ellas. Mientras que, por el contrario, se mantiene, cuando no aumenta, la distancia que las separa de las sociedades cazadoras-recolectoras, de la actividad económica y del equipamiento industrial de los diferentes grupos epipaleolíticos que pudieran postularse como substratos de aquel proceso de neolitización. Unos grupos epipaleolíticos en cuyo análisis es más frecuente la consideración de aquellas hipótesis sobre su posible transición hacia un modo de vida neolítico, que no aquellas otras tendentes a valorar su herencia paleolítica y su significado dentro de la evolución del modo de vida cazador-recolector.

De acuerdo con todo ello, el hecho de la *dualidad cultural* habrá de ser el rasgo más característico del modelo de neolitización que propongamos para la Península. Un modelo del que deberán formar parte las conexiones externas, necesarias para explicar la introducción de las plantas cultivadas y los animales domésticos, elementos que corresponderán al bagaje propio de las nuevas comunidades neolíticas de raíz mediterránea extendidas ahora por todo este territorio. Y, lógicamente, también serán parte fundamental del proceso aquellas otras comunidades que ya estaban establecidas en cada una de las áreas desde el Epipaleolítico y que continuarán durante algún tiempo su propia evolución. Conjunto de condiciones que, en efecto, parecen cumplirse en la fachada mediterránea peninsular y en su mitad meridional atlántica, de manera que la dualidad prevista coincidiría plenamente con la imagen proporcionada por la documentación arqueológica alrededor del 6000 cal BC, que nos muestra dos grupos humanos bien diferenciados, sin ninguna relación genética entre ellos. Podemos decir ya de entrada que los más antiguos neolíticos, en las áreas señaladas, no son consecuencia de la tendencia de los grupos epipaleolíticos a cambiar en la dirección del modo de vida agricultor y ganadero. De hecho, sólo bastante tiempo después de su origen independiente, los dos grupos convergerán debido a la gradual aproximación de los antiguos epipaleolíticos al modo de vida neolítico. Sobre estas ideas y los datos que las sustentan descansa, pues, el modelo de neolitización que ha venido proponiéndose —y matizándose regularmente— para la vertiente mediterránea peninsular (cf. Fortea, 1973; Martí, 1982 y 1985; Fortea *et alii*, 1987; Martí y Juan-Cabanilles, 1987; Bernabeu y Martí, 1992; Juan-Cabanilles, 1992; Bernabeu, Aura y Badal, 1993; Bernabeu, 1995 y 1996; entre otros trabajos, uno de los cuales constituye la versión preliminar del que aquí se presenta, más centrado en el caso valenciano [Martí y Juan-Cabanilles, e.p.]).

Los planteamientos sobre una contemporaneidad de grupos culturalmente diferenciados y las hipótesis sobre su distribución espacial aparecen en la investigación conforme lo hacen los yacimientos más representativos de cada uno de estos grupos, fundamentalmente en relación con el Neolítico del País Valenciano, aunque con indudable alcance al menos para la fachada mediterránea peninsular. Las cuevas de la Sarsa y de l'Or, de la Cocina y de les Malladetes, dan lugar a los precedentes de las imágenes actuales ya en los trabajos de la década de 1940, cuando todavía se buscaba en África el origen de nuestra agricultura y ganadería, y los elementos fundamentales para la caracterización de cada grupo eran las industrias líticas y la clase de cerámica, más que la propia economía. En Cataluña o en Andalucía se desconocía la faceta que debería corresponder al último Epipaleolítico; en Portugal, por el contrario, faltaba intensidad en la del

Neolítico cardial. Pero, por encima de todo, eran comunes los planteamientos difusionistas ligados a la expansión de los grupos humanos y se planteaba ya entonces la cuestión de los «territorios» que correspondían a cada uno de ellos, tema que, entre otros, queremos volver a considerar en este trabajo. Sólo avanzaremos ahora que sobre las distintas aportaciones de Pericot, Jordá, Alcácer y Fletcher, sería éste último quien haría la principal síntesis al proponer una triple división de los yacimientos neolíticos valencianos según la cerámica, la industria lítica y la distribución geográfica. Así, en la franja costera, ejemplificada por los yacimientos de la comarca de la Safor, la cerámica cardial se acompañaría de una industria lítica de tipo no geométrico, como creía verse en los casos de la Cova de les Rates Penades (Ròtova, Valencia), la Cova de les Meravelles (Gandia, Valencia) o la Cova de les Malladetes (Barx, Valencia); en el interior montañoso del país, por contra, la Cueva de la Cocina (Dos Aguas, Valencia) y la Covacha de Llatas (Andilla, Valencia) destacaban por el fuerte componente geométrico de la industria lítica, al que se añadían —con los datos de entonces— unas cerámicas sin decoración cardial; y justamente en el medio de ambas zonas, se perfilaba una tercera en la que piezas líticas geométricas y cerámicas cardiales compartían presencia, tal como revelaban la Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante) y la Cova de la Sarsa (Bocairent, Valencia) (Fletcher, 1956). La línea iniciada por estos estudios tendría el fruto principal en la sistematización hecha por Fortea (1973) de los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español, ahora bajo la forma de distintas situaciones frente a la neolitización, línea que sigue nuestro trabajo sin detenernos a considerar aquellos otros planteamientos alternativos surgidos en distintos momentos y analizados ya en otras ocasiones (cf. Fortea y Martí, 1984-85). Y, por supuesto, no se trata de proponer una simple continuidad entre las primeras visiones y las actuales, con rupturas evidentes si recordamos los cambios habidos en la interpretación de las facetas postuladas en los años cincuenta.

Volviendo al comentario inicial, poseer una perspectiva de alcance mediterráneo y considerar la dualidad de grupos culturales no significa que se haya desarrollado un modelo capaz de explicar todos los interrogantes. Más modestamente, supone haber discriminado unos condicionantes importantes en forma de hipótesis, algunas suficientemente verificadas, que se aceptan como punto de partida a la hora de reflexionar sobre los problemas de la neolitización y el orden en que resulta prioritario resolver dichos problemas. En este sentido, un repertorio interesante de las cuestiones que permanecen abiertas alrededor de la neolitización ha sido formulado recientemente por Gallay (1994), al hacer balance crítico de las aportaciones de tres reuniones temáticas dedicadas al Neolítico del occidente europeo,

celebradas las tres hace una década, en 1988, en Estrasburgo (VV.AA., 1991), Lieja (Cahen y Otte, eds., 1990) y Brescia (Biagi, ed., 1990). Y la reflexión debiera comenzar, según Gallay, por los propios modelos que frecuentemente utilizamos, en los que suelen confundirse los estadios evolutivos, que podemos definir y discutir con claridad a partir de la documentación arqueológica, con los procesos, que corresponden al dominio de la interpretación. De manera que nuestro primer propósito debería ser el de intentar «affiner la “typologie” des stades de la néolithisation et de préciser la description des scénarios locaux» (Gallay, 1994, 585).

En el mencionado inventario de las cuestiones de mayor actualidad, además de la constatación del declive de un modelo que enfatizaba la independencia de los procesos desarrollados en el eje danubiano y en las costas mediterráneas, al reconocerse ahora interacciones y contactos entre las dos grandes corrientes del Neolítico antiguo (aspecto al que viene a sumarse el hecho de que las costas atlánticas de la península Ibérica y una parte de las de Francia deben al Mediterráneo la introducción de la agricultura y la ganadería), destacan la incidencia del cambio medioambiental, la cuantificación demográfica y los contactos entre grupos neolíticos y epipaleolíticos. Por lo que se refiere al primer punto, en algunas zonas del occidente europeo, como la costa ligur y su territorio inmediato, el desarrollo del bosque atlántico y el consiguiente desplazamiento de la fauna en altitud podrían haber obligado a las poblaciones de cazadores a modificar sus estrategias de subsistencia y, con ellas, los territorios de caza (Barker *et alii*, cit. en Gallay, 1994, 579). Por lo que respecta a la demografía de los primeros agricultores, si bien la mayor parte de los autores contemplan los inicios del Neolítico como el resultado de la llegada de nuevas poblaciones, falta valorar con precisión la significación de tal oleada demográfica y su peso relativo respecto a los cazadores-recolectores locales. Y es que la importancia y velocidad de la propagación démica todavía descansan sobre la simulación que hicieron Ammerman y Cavalli-Sforza en los años setenta (cf. 1971, 1973; v. también 1984). Finalmente, aceptada la dualidad de neolíticos y epipaleolíticos, el problema de los contactos recíprocos ha de ser tema de mayor reflexión: las nuevas observaciones muestran que las sociedades epipaleolíticas no manifiestan ninguna tendencia a la neolitización, «en dehors des éléments empruntés aux communautés agricoles contemporaines situées a leur voisinage» (Gallay, 1994, 581), como confirman ya muchos ejemplos europeos (ibíd., 580), siempre refiriéndonos, evidentemente, a los primeros momentos del Neolítico.

Todas estas cuestiones, en definitiva, pueden trasladarse a nuestro ámbito peninsular, para preguntarnos si es posible imaginar una relación directa entre los cambios medioambientales del Atlántico y la elección de los há-

bitats de laguna, tal como se podría inferir de algunos de los asentamientos epipaleolíticos valencianos, caso de Casa de Lara (Villena, Alicante), la Albufera de Anna (Anna, Valencia) o el Estany Gran (Almenara, Castellón), y aragoneses, caso de la Salada Grande o de La Estanca (Alcañiz, Teruel) (Benavente *et alii*, 1991), aspecto en el que también han reparado otros autores (Fernández López de Pablo, 1997, 116); o plantearnos cuál fue la incidencia de la elevación del nivel del mar y el cambio de la línea de costa (Rey y Fumanal, 1996) sobre el hábitat epipaleolítico; o cuál es la importancia que hemos de atribuir a la aportación demográfica del Neolítico inicial y cuál el significado de la gran concentración de la cerámica cardial en unas pocas comarcas; o si podemos traducir la homogeneidad de algunos territorios y la heterogeneidad de otros, referida a la presencia generalizada o no de elementos como las cerámicas cardiales, en términos de contacto o separación entre dos poblaciones culturalmente diferenciadas.

Como se desprende de cuanto llevamos expuesto, nos inclinamos aquí por aquel tipo de proceso que supone la expansión de la población por las zonas costeras del Mediterráneo, donde la «ola de avance» de Ammerman y Cavalli-Sforza se traduciría en dualidad cultural. Pero esta aproximación al estado de la cuestión ha de contemplar también aquellas alternativas últimas que, aceptando siempre la causalidad decisiva de los factores externos, plantean procesos de difusión más de ideas y de información que no de población. Es decir, que más que de difusión por colonización-aculturación se trataría de difusión por aculturación-aculturación y del mayor protagonismo de un substrato que llegaría a la neolitización tal vez dentro de una línea de continuidad con la intensificación, complejidad y diversidad manifestadas ya desde el Epipaleolítico (Aura y Pérez Ripoll, 1992 y 1995; Casabó y Rovira, 1987-88), pero siempre, como hemos dicho, aceptando en un punto u otro del proceso la concurrencia decisiva de los aportes externos. Así, uno de estos planteamientos alternativos sería el modelo propuesto por Rodríguez Alcalde, Alonso y Velázquez (1995) para explicar los procesos de transmisión de información, pero que también podría aplicarse a la expansión de elementos neolíticos como los animales domésticos y las plantas cultivadas en la cuenca mediterránea, basándose en lo que denominan procesos de percolación y en una red de relaciones con estructura fractal. Partiendo de un principio contrario a la difusión démica, dichos autores adoptan como marco de su trabajo el modelo «capilar» de Vicent (1997), según el cual, si la estructura social de los grupos postpaleolíticos no sobrepasó el nivel de banda, las relaciones intergrupales de reciprocidad entre grupos locales serían de especial importancia y las «especies domésticas» podrían haber circulado por estas redes. «Parece claro que esta dinámica social favorecería la expansión de los genotipos domésticos», de

manera que «el flujo de información se realiza sobre una estructura de asentamientos relativamente estática y con cierta componente estocástica en la que aquel discurre por la red de relaciones segmentarias entre grupos vecinos de forma regular. De este modo podemos explicar la existencia de características neolíticas en lugares suficientemente alejados sin recurrir a movimientos de grupos» (Rodríguez Alcalde, Alonso y Velázquez, 1995, 23).

Otra negativa a la expansión démica la encontramos en la respuesta de Schuhmacher y Weniger (1995) a la pregunta de cómo llegaron los elementos culturales neolíticos —cerámica, ganadería y agricultura— al este peninsular. Aun aceptando que la innovación autónoma parece el caso menos probable, porque, como se ha insistido a menudo, las formas silvestres de los cereales y de los animales domésticos predominantes como la oveja y la cabra no se encuentran en la península Ibérica, permanece en estos autores la duda sobre cuál fue el mecanismo de la transmisión: «Si examinamos los yacimientos llamados neolíticos, su cultura material y su extensión, además del patrón de asentamiento en cuevas y abrigos, no nos parecen tan distintos de los yacimientos con una subsistencia plenamente cazadora. El cambio decisivo de la forma de subsistencia y del patrón de asentamiento parece haberse producido, no solamente en el Este, sino también en otras zonas de la Península Ibérica, en el Neolítico medio o tal vez incluso al final del Neolítico y comienzos de la Edad del Cobre (...) Este dato refuerza la suposición de que los elementos culturales del Neolítico no fueron introducidos en la Península Ibérica por nuevos inmigrantes, sino que los grupos de cazadores indígenas integraron ideas nuevas en su tradicional forma de vida» (ibíd., 94).

Estamos de acuerdo en el hecho de que la neolitización, como proceso, va mucho más allá del primer tiempo neolítico. De la misma manera, para diferentes áreas, y en el transcurso de un periodo más o menos largo, podemos aceptar las distintas posibilidades que se han descrito para casos concretos, como por ejemplo la propuesta por Davidson (1989) para la Cueva de la Cocina, según la cual la transmisión de los animales domésticos desde los grupos neolíticos a los epipaleolíticos podría haberse hecho por el simple mecanismo de las ovejas que se escapan o extravían de los rebaños neolíticos. Pero lo que más nos interesa destacar aquí es que esta hipótesis y otras, para ser aceptadas, han de ser compatibles con el modelo de la dualidad cultural. La hipótesis «fractal», puesta por caso, plantea en última instancia un problema de escala: quién inicia y dónde el proceso de aculturación (la transmisión de información), y debe resolver otro problema importante como es la velocidad de propagación de las «ideas». Por otro lado, en la documentación de la que hoy disponemos —es necesario repetirlo— seguimos sin encontrar gradaciones en el cambio de la caza-recolección a la agricultura-

ganadería, examinada una parte significativa de los yacimientos. Es decir, que si bien algunos de los últimos trabajos sobre el Epipaleolítico en nuestra Península y en otras zonas de Europa buscan una solución de compromiso al insinuar que la neolitización respondería a influencias externas que incidirían sobre grupos que evolucionaban ya en esa dirección, intentando destacar la «complejidad» epipaleolítica, tal posibilidad no concuerda con la realidad que muestra la documentación. Es necesario reflexionar sobre el hecho de que la tradición epipaleolítica, por las mismas fechas en que aparecen las primeras comunidades campesinas, no se encamina hacia el Neolítico de acuerdo con lo que muestran los patrones de edad de los animales cazados, las técnicas de carnicería o la industria lítica, como veremos más adelante.

Tomando el ejemplo de los yacimientos valencianos, si añadimos a la dualidad cultural el corolario implícito de la discontinuidad espacial, y valoramos así el conjunto de testimonios que tenemos sobre los distintos territorios de cada grupo, veremos grupos epipaleolíticos *sensu stricto* que cambiarán lentamente cuando haya aparecido el Neolítico en zonas próximas, caso de la Cueva de la Cocina; o grupos epipaleolíticos que desaparecerán por completo cuando coincidan en el mismo espacio que el primer Neolítico, caso de los abrigos del Tossal de la Roca (la Vall d'Alcalà, Alicante) y de la Falguera (Alcoi, Alicante), bien porque estos grupos epipaleolíticos se desplacen fuera de allí o bien porque se diluyan dentro de un espacio que pasa a ser exclusivo del Neolítico cardial; o también, aunque las evidencias son menores al respecto, que haya grupos epipaleolíticos con un rápido proceso de neolitización en aquellas áreas más cercanas a los neolíticos, si aceptamos la hipótesis de un comienzo de la ocupación de Casa de Lara en los momentos que corresponden a Cocina I y II. Sea como sea, lo que no parece haber es un proceso de neolitización del Epipaleolítico que cronológica y/o geográficamente se distancie del Neolítico antiguo cardial.

Es partiendo, pues, de la dualidad cultural Epipaleolítico/Neolítico, matizada por la territorialidad y la cronología de los distintos procesos, como mejor podemos explicar la diversidad de los conjuntos de materiales y de las actividades económicas, e incluso de las manifestaciones artísticas de la periferia mediterránea peninsular, a lo largo del VI y parte del V milenios a.C. Diversidad que aún hemos de ampliar a la consideración de las facies estacionales y funcionales de cada una de estas dos tradiciones culturales, cuyo proceso de convergencia irá consiguiéndose en el transcurso del periodo. Dualidad de grupos y territorialidad que reclaman insistentemente la consideración del potencial demográfico, es decir, del poblamiento y de su densidad, de los valores que pueden corresponder a su crecimiento vegetativo, o de las razones que subyacen a su expansión. Con

demasiada frecuencia el modelo de la ola de avance termina simplificándose bajo la representación gráfica de los sucesivos círculos que sólo pretenden mostrar el ritmo de la propagación desde el centro próximo-oriental. Pero la realidad sería la de la discontinuidad territorial del poblamiento, no sólo por el bajo potencial demográfico y los amplios espacios de los epipaleolíticos, sino también de los neolíticos, como después insistiremos, que muy probablemente tuvieron una primera expansión costera para situar después pequeños grupos de nueva población entre aquellos amplios espacios que explotan los grupos epipaleolíticos. Pero no puede decirse que conozcamos bien el camino de la progresión neolítica desde el litoral hacia el interior, como veremos al ocuparnos del Alto Aragón y su posible relación transpirenaica. En palabras de Guilaine (1997, 28), «le problème le plus crucial est certainement aujourd'hui celui des gradients exacts du processus de néolithisation dans le temps et l'espace. Comment arriver à maîtriser plus finement le temps pour vérifier la crédibilité des scénarios qui tablent, au gré des auteurs, sur une diffusion rapide et expansionniste de la production ou, au contraire, sur des processus de cohabitation prolongée avec des populations ou des économies résiduelles?». Y es que entre los primeros horizontes con cerámica impresa de Italia del sur y el cardial portugués, las dataciones disponibles, entre 6200-6100 y 5500-5400 cal BC, indican una propagación de aquella ola de avance aún más rápida que la propuesta inicialmente por Ammerman y Cavalli-Sforza.

2. FUNCIONALIDAD Y ESTACIONALIDAD EN LA EXPLICACIÓN DE LA DIVERSIDAD

Entre las alternativas a esta explicación de la neolitización mediterránea ha destacado en los últimos años la hipótesis de que la diversidad que muestran los yacimientos y su distribución espacial pudiera ser el resultado de distintas actividades (Barandiarán y Cava, 1992). Esto es, que las diferentes facies estacionales y/o funcionales de los primeros neolíticos, por otra parte del todo probables, como veremos más adelante, disfrazaran la realidad de una sola tradición cultural. Ciertamente, es ésta una cuestión importante. Sin embargo, interpretar la diversidad ofrecida por los yacimientos como las distintas caras de un mismo grupo humano que va cambiando de actividad económica básica y de utillaje según los requerimientos de los medios explotados a lo largo del año, más que dar soporte a los que se inclinan por conceder el protagonismo decisivo de la neolitización al substrato epipaleolítico por delante de los impulsos externos directos —presunción que hasta ahora se hace con el único soporte de algunas dataciones

absolutas extraordinariamente elevadas—, lo que implica es que el proceso de neolitización es homogéneo, sin grupos avanzados que traigan o reciban el primer Neolítico para transmitirlo después. Dicho de otra forma, que el protagonismo lo compartirían *ex aequo* el substrato epipaleolítico y las relaciones exteriores. Es así, pues, trayéndolo a colación una vez más, cómo se ha llegado a proponer que las diferencias que podemos observar en la fachada mediterránea peninsular al comienzo del VI milenio a.C. no serían resultado de la dualidad cultural, sino que las aportaciones externas incidirían sobre unos grupos epipaleolíticos que pudieran haber iniciado ya el cambio hacia la intensificación en la gestión de los recursos naturales. Unas influencias externas que se propagan sobre un único grupo de población, que es el substrato epipaleolítico. Además de esto, la estricta tesis funcionalista tiene también implicaciones directas en la cuestión del territorio, en la medida en que no tendríamos que buscar territorios distintos para grupos culturalmente distintos, sino territorios distintos para cada función/ocupación y de acuerdo con las estaciones del año.

A pesar de los vacíos de documentación existentes, lo bien cierto es que estos planteamientos vienen a matizar la simplicidad de la relación dualidad de grupos-dualidad de territorios y abren nuevas perspectivas también para un posicionamiento como el nuestro que continúa aceptando que el modelo de neolitización peninsular ha de contemplar procesos de difusión por colonización-aculturación, porque nadie niega la introducción de los elementos fundamentales. No se puede olvidar que esta «introducción», y las bases en que la sustentamos, limita el alcance de los esquemas alternativos, en la medida en que *la diversidad que observamos entre los yacimientos* ha de responder también a la relación con la llegada de los elementos neolíticos, o lo que es lo mismo, a la posición que ocupan los yacimientos dentro de la cadena de transmisión de estos elementos, lo cual dependerá de su situación respecto del área inicial de la introducción y del modo de expansión a lo largo del tiempo.

Insistiendo en la relación grupo-territorio, apuntaríamos que los nuevos contingentes poblacionales que se establecen en el inicio del Neolítico en la fachada mediterránea peninsular modifican la ocupación del espacio propia de los que ya residían allí, hasta el punto de quedar separadas las áreas respectivas (las de los recién llegados y las de los anteriores pobladores), dentro de las cuales la estacionalidad y la funcionalidad serían estrategias para habitar y explotar el medio, con las diferencias derivadas de *ser un modo de vida epipaleolítico o neolítico*. Es en esto, como también lo han hecho recientemente Rodanés y Ramón (1995), en lo que nos apartamos de los planteamientos de Barandiarán y Cava respecto a «una visión unitaria» de amplias zonas de la fachada mediterránea que explicaría la diversidad

desde la funcionalidad, de manera que la dualidad vendría a ser el resultado de diferentes actividades dentro de una sola tradición cultural. Para nosotros, es necesario sumar las diversidades funcionales y culturales.

No es un objetivo de este trabajo el examen minucioso de las diferencias de estilo y función de los componentes materiales epipaleolíticos y neolíticos —por ejemplo la industria lítica de talla (Juan-Cabanilles, 1985, 1990, 1992)—, o de las pautas, también diferentes, que se observan en el tratamiento para el consumo de los mismos recursos de base animal (Pérez Ripoll, 1992), pero hay que insistir en el hecho de que estos rasgos, sus contrastes, van más allá de lo que podríamos incluir dentro de una misma cultura. Por lo que se refiere a la industria lítica, resumiendo estudios anteriores (cf. supra), recordaremos que la talla de los neolíticos cardiales está especialmente dirigida a la obtención de soportes laminares, traduciendo, a nivel de funcionalidad, la importancia de un utillaje agrícola representado por los elementos de hoz; una producción laminar, en suma, con claras diferencias respecto de los patrones tipométricos del Epipaleolítico geométrico, de tendencia más microlaminar. Otro punto, sin duda más significativo, es el relativo a las armaduras geométricas, un elemento común a las dos «tradiciones» implicadas y con el mismo sentido funcional (armaduras de flechas o azagayas); aquí hay que destacar cómo el equipamiento cardinal, en las cuevas de l'Or y la Sarsa, está dominado por los trapecios, mientras que los conjuntos epipaleolíticos que les son sincrónicos, de acuerdo con las secuencias de la cueva de la Cocina y de los abrigos de la Botiqueria dels Moros (Mazaleón, Teruel) (Barandiarán, 1978) y Costalena (Maella, Zaragoza) (Barandiarán y Cava, 1989), tienen en los triángulos la forma dominante. Sólo repetiremos que la estructura geométrica cardinal difiere de la epipaleolítica en los suficientes aspectos —morfológicos y tecnológicos—, como para considerar que estamos ante unos grupos coetáneos que han utilizado criterios y soluciones de fabricación diferentes para unos útiles que, como hemos dicho, tienen la misma funcionalidad (Juan-Cabanilles, 1992, 262).

Por lo que respecta a la distinta importancia de la actividad cazadora en uno y otro caso, las diferencias también son notables entre las cuevas de l'Or y la Sarsa, de una parte, y aquellas que situamos en la tradición epipaleolítica, como la Cueva de la Cocina; o si se quiere con la Cova Fosca (Ares del Mestre, Castellón) (Olaria *et alii*, 1988), por más que se trata de problemáticas diferentes. En ambos yacimientos (Cocina y Fosca) los niveles cerámicos se caracterizan por la explotación de la cabra salvaje y el ciervo, mientras que las especies domésticas apenas se hallan representadas (Bernabeu y Martí, 1992, 215-218). Pero si todavía pudiéramos pensar que esto es lo que cabría esperar de unos asentamientos estacionales, unos en función de la caza y otros de las actividades propias del há-

bitat permanente, la dificultad para un entronque común se agranda si prestamos atención a las diferencias que se observan al nivel de los patrones de sacrificio de los ovicápridos y al de las marcas de carnicería en los huesos de los animales consumidos, rasgos que sí tienen un componente cultural y que marcan claras distancias entre unos y otros yacimientos (cf. *ibíd.* y Pérez Ripoll, 1992).

La conclusión es que no todo puede explicarse como una facies funcional de una misma cultura, aunque esta perspectiva es de gran interés si, una vez bien establecidas las diferentes tradiciones culturales, buscamos identificar en su interior los posibles estados funcionales. Los ejemplos al respecto comienzan ya a ser numerosos, al menos para lo que puede considerarse la estricta tradición neolítica. Así citaremos, además de la Grotte Lombard en la región de Niza, asentamiento cardial en función de la caza que merece ser destacado en este punto por el interés de su estudio (Binder, *dir.*, 1991), los casos de la Gruta do Caldeirão (Tomar, Portugal), asentamiento también cardial en función de la ganadería (es decir, del «pastoreo» de ovicápridos) (Zilhão, 1992); los yacimientos en cueva del valle del Llierca (Gerona), asentamientos del cardial final-epicardial, alrededor de un lugar central de habitación —el yacimiento al aire libre de Plansallosa—, en función de la caza, la ganadería y el almacenamiento (Alcalde, Bosch y Buxó, 1992; Bosch *et alii*, 1997); la Cova del Frare (Matadepera, Barcelona), asentamiento igualmente del cardial final-epicardial en función de la ganadería (Martín y Estévez, 1992); la Cova del Parco (Alòs de Balaguer, Lérida), asentamiento de la misma cronología que el anterior y con la misma orientación económica (Petit, *ed.*, 1996); los yacimientos en cueva de la sierra de Córdoba, asentamientos de la «Cultura de las Cuevas» (Neolítico medio andaluz, equivalente en gran parte al epicardial de otras zonas) en función igualmente de la ganadería (Gavilán, 1991a); u otro gran número de cuevas neolíticas, de otros ámbitos territoriales, utilizadas para la estabulación del ganado (Brochier, 1991), entre otras posibilidades. Por destacar uno de los yacimientos valencianos más importantes, actualmente en estudio, en la Cova de les Cendres (Moraira-Teulada, Alicante) se han identificado numerosos restos de excrementos de ovicápridos que confirman la estabulación de rebaños en la cavidad, si bien la documentación es ya para momentos avanzados del Neolítico (Badal *et alii*, 1991). Pero estas ocupaciones de las cuevas como establos, demostradas por la presencia de coprolitos de ovicápridos, por los esferolitos y por los fitolitos de las gramíneas utilizadas como alimento o como lecho de paja, se habrían generalizado ya en los momentos finales del Neolítico antiguo cardial y epicardial, de acuerdo con los resultados proporcionados, además de por la Cova del Parco, citada anteriormente, por la Cova de la

Guineu (Font-Rubí, Barcelona) y la Cova del Vidre (Roquetes, Tarragona). Bergadà (1997, 160-161) ha mostrado que en estos casos se trata de una estabulación de los animales y que «esta funcionalidad ganadera de los asentamientos comportaría una serie de tareas nuevas como aportes de paja y prácticas de saneamiento con incendios intencionados para limpieza y desparasitación que, junto a la presencia de coprolitos, originarían la abundancia de componentes orgánicos y de cenizas tan característica de los niveles neolíticos estudiados». A destacar que en Parco y Vidre también se identifican coprolitos de carnívoros, lo que sugiere que las actividades de estabulación podrían ser ocasionales o estacionales. Asimismo, los resultados preliminares de la Cova de les Bruixes (Rossell, Castellón) hablan de su uso como aprisco (Mesado, Fumanal y Bordas, 1997). Y más datos aún: en la Cueva del Toro (Antequera, Málaga), otro yacimiento de la Cultura de las Cuevas andaluza, los análisis traceológicos de la industria lítica revelan la importancia del procesado de la carne frente a las escasas piezas que han sido utilizadas en la recolección de vegetales no leñosos, redundando en la hipótesis de que el asentamiento se fundamenta en una economía ganadera (Rodríguez Rodríguez *et alii*, 1996, 164); por el contrario, en la Cueva de los Murciélagos (Zuheros, Córdoba) las actividades principales a las que se destina el utillaje lítico tallado son la siega de los cereales y el trabajo de las pieles (Ibáñez y González, 1996), de acuerdo con una agricultura y ganadería plenamente establecidas (Gavilán *et alii*, 1996). Volviendo de nuevo a Cendres, mencionaremos el aprovechamiento de que fueron objeto aquí los moluscos marinos, así como la pesca del mero y el pagro, actividades económicas relevantes —según los estudios de Rodrigo (en Badal *et alii*, 1991)— en correspondencia con la propia situación costera del yacimiento; mismo tipo de emplazamiento y de complementariedad o especialización económica (pesca y marisqueo) que se observa en una serie de asentamientos al aire libre de la banda atlántica de Cádiz y que van del Neolítico cardial —cf. El Retamar (Puerto Real)— al Neolítico final (Ramos Muñoz *et alii*, 1996, 1997). De la misma manera, es bien probable que los yacimientos conocidos en los alrededores de la Cova de l'Or, como la Cova Negra (Gaianes, Alicante) o el abrigo del Barranc de les Calderes (Planes, Alicante), fueran lugares de refugio o descanso relacionados con el pastoreo de ovicápridos. Y aún podríamos considerar la muy especial función que sería conceder el carácter de santuario a conjuntos de pinturas rupestres como los del Pla de Petracos (Castell de Castells, Alicante) o de los abrigos de la Sarga (Alcoi, Alicante), o la especial vinculación con la vida religiosa que también manifiestan los hallazgos de l'Or y la Sarsa, en los que tantas veces se ha hablado de un cultura material que excede la esfera de lo estrictamente cotidiano.

Insistiremos, pues, una vez más, en que la «funcionalidad» (léase dependencia) de la Cova Negra de Gaianes respecto de la Cova de l'Or, o la de ésta última y la Cova de les Cendres respecto de un hipotético poblado, tomadas como ejemplo, no es comparable a la relación o dependencia que pudiéramos establecer para la Cova de l'Or respecto de la Cueva de la Cocina. Hay que analizar mejor en el futuro estas facies estacionales y funcionales dentro de cada una de las dos tradiciones culturales a lo largo de su existencia independiente y de su proceso de convergencia, que a buen seguro se prolongó hasta la fase Epicardial.

3. *TERRITORIALIDAD Y PROCESO DE NEOLITIZACIÓN EN EL PAÍS VALENCIANO Y EL BAJO ARAGÓN*

Nos hemos referido anteriormente a cómo la consideración de las tres facetas del Neolítico hablaba ya de territorios distintos en los años cincuenta, y cómo se proponía para el País Valenciano una hipótesis concreta que distinguía entre el interior, el litoral y una zona intermedia. Sobre la base de aquellos planteamientos, y pasando por la síntesis de Fortea (1973), de la distribución espacial de las facetas hemos pasado a la territorialidad de los nuevos neolíticos y de la población preexistente, consecuencia de un proceso que se apoya por igual en el Mediterráneo y en el substrato local. Fortea mantendría la idea de una cierta división litoral-interior, de la que también participaba el arte rupestre Levantino, pero esta división ha ido perdiendo nitidez con la presencia del Epipaleolítico en la misma línea de costa o del arte Levantino en las comarcas de la Safor y la Ribera. Sin embargo, si esta oposición general litoral-interior ha ido esfumándose, otra división territorial que arrancaba del peso específico que correspondía a determinadas regiones en el primer Neolítico cardial, caso de las comarcas centro-meridionales valencianas, resulta cada vez más evidente. Y también han ganado importancia los planteamientos de difusión costa-interior del primer Neolítico, a la manera del modelo presentado para Cataluña (Mestres, 1992).

En este punto, entre las novedades de la investigación en las dos últimas décadas destaca el arte rupestre Macroesquemático, cuya repartición geográfica se ha convertido en un excelente indicador del territorio inicial Neolítico en el ámbito valenciano, precisamente el ocupado por este tipo de arte. Efectivamente, el arte rupestre Macroesquemático y sus paralelos muebles apoyan la hipótesis de un territorio «cardial» entre las sierras de Aitana, Mariola, Benicadell y el mar, verdadero núcleo primigenio del que partirían los caminos que llevan al resto del espacio los nuevos elementos neolíticos, de lo que son evidencias las cerámicas cardiales. Así, se constataría

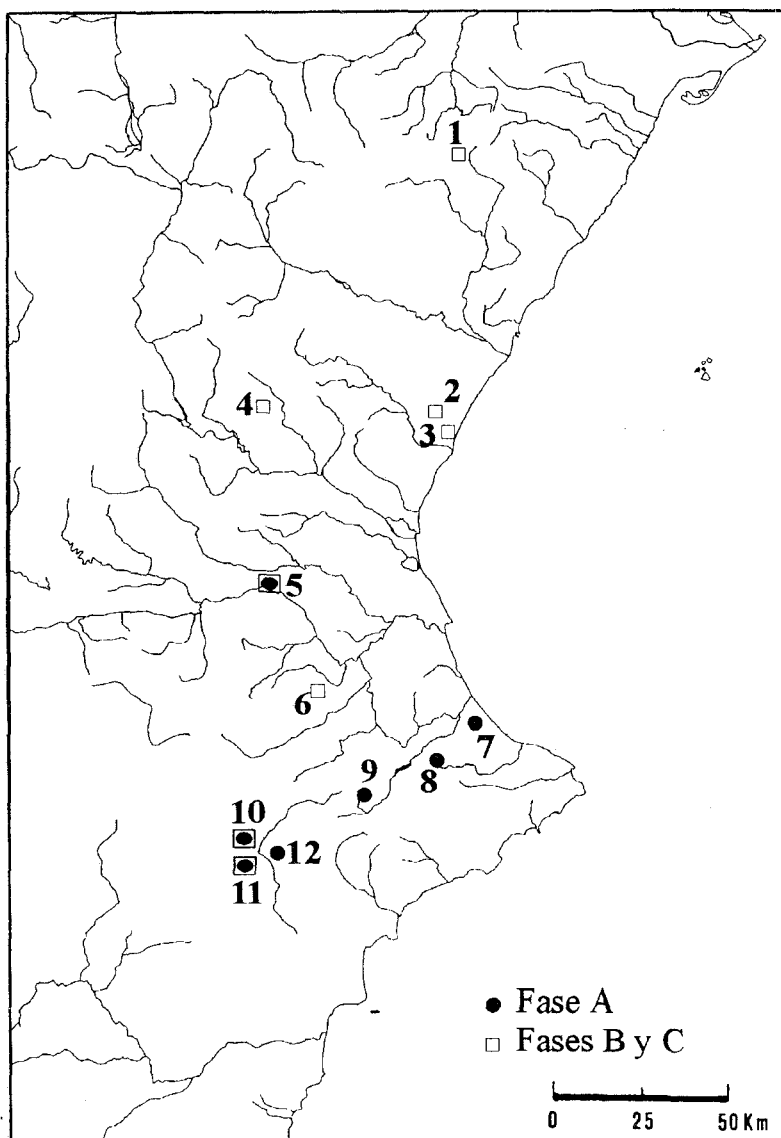


Figura 1. Yacimientos de tradición epipaleolítica geométrica (facies Cocina) en el País Valenciano: 1. Cingle del Mas Nou (Ares del Maestre); 2. Can Ballester (la Vall d'Uixó); 3. Estany Gran (Almenara); 4. Covacha de Llatas (Andilla); 5. Cueva de la Cocina (Dos Aguas); 6. Albufera de Anna (Anna); 7. El Collado (Oliva); 8. Tossal de la Roca (la Vall d'Alcalà); 9. Abric de la Falguera (Alcoi); 10. Casa de Lara (Villena); 11. Arenal de la Virgen (Villena); 12. Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña (Villena).

una notable presencia neolítica al norte de este territorio, en la comarca de la Safor, donde no tendría continuidad el posible Epipaleolítico geométrico del Collado de Oliva; una neolitización del substrato epipaleolítico al occidente, que leemos entre la cerámica cardial y la tipología lítica de la Casa de Lara, con paralelos más que probables en Cocina I y II, al igual que parece revelar el Arenal de la Virgen (Villena, Alicante), mientras que la Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña (Villena) refuerza las evidencias de la ocupación epipaleolítica de este territorio en relación con Cocina I y antes de la llegada aquí del Neolítico cardial. La presencia de cerámica cardial en las áreas próximas a la del arte Macroesquemático, como la misma Casa de Lara o la Cova del Fontanal (Onil, Alicante), o en los casos de la Cueva de la Bellota (Chella, Valencia), Cuevas de la Araña (Bicorp, Valencia), Cueva de les Dones (Millares, Valencia), Cocina, Can Ballester (la Vall d'Uixó, Castellón), Cingle del Mas Nou (Ares del Maestre, Castellón), etc., que ya se alejan considerablemente de aquella área, al mostrar la difusión de elementos neolíticos a través del territorio epipaleolítico probaría la relación entre ambos grupos. De esta ocupación epipaleolítica tenemos testimonios hacia el norte en la Albufera de Anna, en la misma Cocina, en la Covacha de Llatas, en el Estany Gran (Almenara, Castellón), en Can Ballester y en Mas Nou, desde donde se vislumbrarían sin dificultad conexiones más septentrionales. Y también tenemos evidencias de que el mismo territorio cardial, el espacio nuclear, fue primeramente epipaleolítico, como testimonian los abrigos de la Falguera y del Tossal de la Roca, sobre los que habremos de volver.

Así pues, en el País Valenciano, desde el mar a la sierra de Mariola y desde la sierra del Benicadell a la de Aitana, como ha insistido especialmente Hernández (1995), el territorio ocupado por el arte Macroesquemático es una de las áreas peninsulares con mayor densidad de yacimientos del Neolítico antiguo cardial, prueba de la estrecha relación que une aquí a las primeras comunidades agrícolas con el nuevo tipo de arte. Si recordamos las superposiciones del arte rupestre Levantino (Hernández, Ferrer y Catalá, 1988) y sus paralelos en las decoraciones cerámicas (Martí y Hernández, 1988), la conclusión es que ambas líneas de creación artística nos llevan a la misma dualidad que la cultura material, a saber, la de las primeras comunidades campesinas y los grupos epipaleolíticos locales que se adentran en el proceso de neolitización, siempre combinando territorialidad y cronología. De manera que a un primer tiempo correspondería el arte Macroesquemático, o el desarrollo del arte Macroesquemático y el inicio del arte Levantino en zonas separadas; mientras que en un segundo tiempo, el arte Levantino recubriría y unificaría lo que antes fueron territorios diferenciados. Y es que si el arte Macroesquemático ha sido considerado como la expresión de la nueva

religión neolítica, el arte Levantino sería la pictografía de la nueva manera de vivir que va afianzándose con la neolitización de los epipaleolíticos (Fortea y Aura, 1987). Nuevos descubrimientos de cerámicas decoradas neolíticas confirman la importancia de estos planteamientos: «El hallazgo en los niveles más profundos de la Cova de les Cendres de varios fragmentos pintados en rojo que presentan motivos en zig-zag, viene a corroborar el paralelismo entre arte parietal y arte mueble neolítico. Lo importante de esta consideración son las nuevas posibilidades interpretativas que con la misma se abren. De entre ellas nos interesa destacar ahora dos: la posibilidad de que estas manifestaciones funcionen, a la vez, como manifestaciones ceremoniales aglutinadoras de la identidad del grupo,

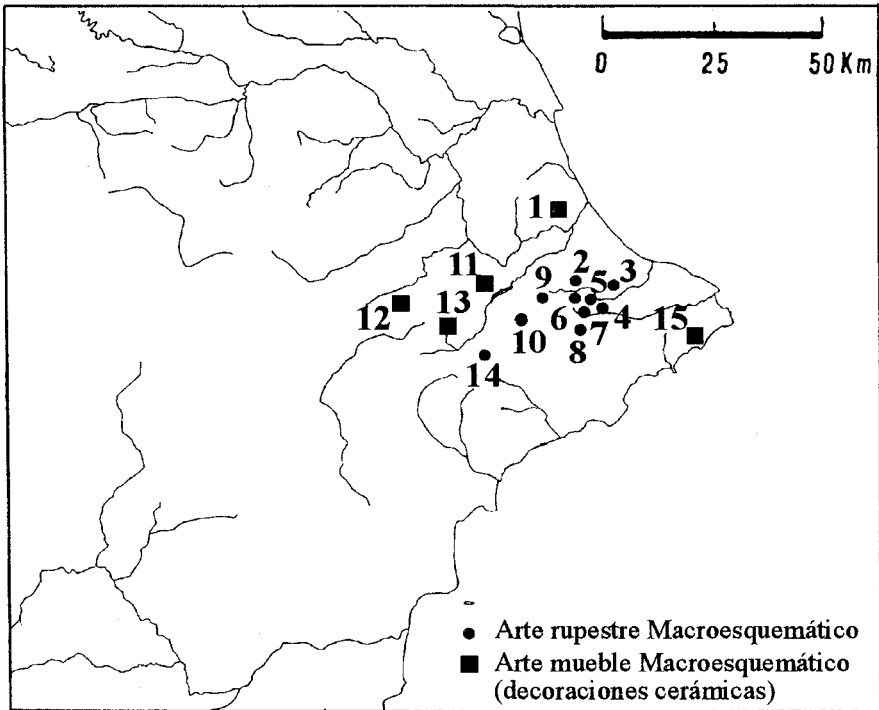


Figura 2. Área de distribución del arte rupestre Macroesquemático, coincidente con el territorio inicial del Neolítico en el País Valenciano: 1. Cova de les Rates Penades (Ròtova); 2. Barranc de Benialí (la Vall de Gallinera); 3. Barranc de l'Infern (Fleix-la Vall de Laguar); 4. Pla de Petracos (Castell de Castells); 5. Racó de Sorellets (Castell de Castells); 6. Covalta (Castell de Castells); 7-8. Barranc de Famorca (Castell de Castells); 9-10. Coves Roges (Benimassot-Tollos); 11. Cova de l'Or (Beniarrés); 12. Cova de la Sarsa (Bocairent); 13. Abric de la Falguera (Alcoi); 14. La Sarga (Alcoi); 15. Cova de les Cendres (Moraira-Teulada).

cara al interior, y como marcadores territoriales, cara al exterior (otros grupos). La interpretación de que algunos de los enclaves de arte rupestre funcionarían como santuarios se avendría bastante bien con la primera posibilidad; en relación a la segunda, sólo podemos suponerlo» (Bernabeu, 1995, 54). Palabras coincidentes en parte con las de Baldellou para el Alto Aragón (1994, 50): «no resulta en absoluto insensato identificar el Arte Esquemático con las poblaciones neolíticas y el Arte Levantino con las cazadoras-recolectoras de raigambre material epipaleolítica. Éstas, poseedoras desde antiguo de sus propias formas de manifestación artística —según las investigaciones de Alonso y de Grimal—, quizás las desarrollasen en mayor medida cuando percibiesen la presencia de los grupos neolíticos, con la intención de acotar territorios y de dotarlos de una significación alegórica que respaldase su sentido de propiedad —teoría de Llabori de Mineo—. Es posible que a ello se deba la antes mentada coincidencia de las distribuciones geográficas de lo cardial y de lo levantino: una revitalización de lo segundo para «acotar» o «salvaguardar» unos espacios físicos vecinos a unos «invasores/colonizadores» cada vez más ávidos de tierras».

El modelo de evolución que tenemos para el Epipaleolítico geométrico (Fortea, 1973; Barandiarán y Cava, 1985 y 1989) muestra una cierta homogeneidad cultural en gran parte de la vertiente mediterránea peninsular, bien documentada desde el norte del Ebro hasta el sur del Júcar, y también el status de cazadores que tenía la gente que aquí vivía al recibir la primera cerámica neolítica. Pero esta homogeneidad terminaría pronto. A un lado quedarían quienes, como se ha vuelto a comprobar más recientemente en el caso del abrigo de El Pontet (Maella, Zaragoza), muestran «un proceso continuo de evolución entre las poblaciones epipaleolíticas de esta región [el Bajo Aragón], que en torno a mediados del V milenio reciben una serie de aportes ajenos de probable origen costero, que desemboca en la neolitización de ese substrato. La presencia de cerámica es quizás el dato más significativo al respecto y, por las evidencias que manejamos en la actualidad, el más temprano en incorporarse de todo el conjunto de factores que definen al Neolítico» (Mazo y Montes, 1992, 247). En unos términos parecidos —es importante apuntarlo— se han explicado también recientemente las evidencias ocupacionales del abrigo de Els Secans (Mazaleón, Teruel), emplazado en el mismo valle del Matarraña (Rodanés, Tilo y Ramón, 1996). Y el paso siguiente en este proceso lo tendríamos en asentamientos al aire libre como Riols I (Mequinzenza, Zaragoza), donde la tradición epipaleolítica va dando muestras de una economía agrícola (Royo y Gómez Lecumberri, 1992), o Alonso Norte (Alcañiz, Teruel), que «parece representar un estadio todavía no excesivamente avanzado en el lento proceso

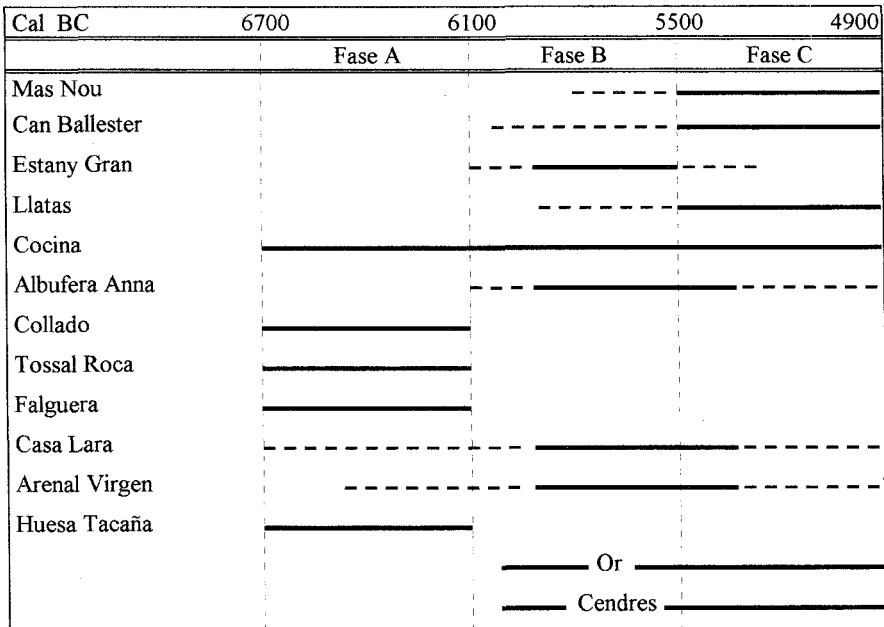


Figura 3. Esquema gráfico del desarrollo del Epipaleolítico geométrico (facies Cocina) en el País Valenciano.

Las fases A, B y C corresponden a la secuencia establecida por Forte (1973). La adscripción de los yacimientos a cada fase o parte de ellas, inferida de los datos industriales y expresada en términos de probabilidad (línea discontinua) o de certeza (línea continua), responde a la propuesta de los autores (que puede ser coincidente o no, según los casos, con la de Forte o la de los respectivos excavadores). La atribución de las fases a una cronología absoluta sigue la discusión planteada por Juan-Cabanilles (1992). Para las dataciones C14 de los yacimientos que las poseen (Can Ballester, Collado, Tossal de la Roca, Falguera, Or y Cendres), y su correspondiente calibración, consultar Olaria (1995).

Referencias de los yacimientos: Llatas, Cocina, Casa de Lara, Arenal de la Virgen y Huesa Tacaña (Forte, 1973); Estany Gran (Forte, 1975); Mas Nou (Olaria y Gusi, 1987-88); Can Ballester (Gusi y Olaria, 1979); Albufera Anna (Aparicio, 1975); Collado (Aparicio, 1990); Tossal de la Roca (Cacho et alii, 1995); Falguera (Aura, 1984); Or (Martí et alii, 1980); Cendres (Bernabeu, 1989).

de neolitización de los grupos humanos de fuerte tradición epipaleolítica existentes en este sector del bajo Aragón en torno, probablemente, a la primera mitad del IV milenio a.C.» (Benavente y Andrés, 1989, 56). [La cronología, en los casos citados, se refiere a años C14 sin calibrar.]

Al otro lado, sin entrar a valorar ahora el peso específico de zonas como el Alto Aragón o Cataluña, quedarían aquellas regiones que, como las comarcas centro-meridionales valencianas, uno de los espacios «cardiales»

por excelencia, constituirían el dominio de las primeras poblaciones neolíticas de agricultores y ganaderos. En este espacio, sin embargo, la localización de algunos yacimientos con niveles epipaleolíticos comporta un interés muy particular, como hemos señalado anteriormente. Es el caso del abrigo del Tossal de la Roca (Cacho *et alii*, 1995), con una estratigrafía que articula el final del Paleolítico superior y todo el Epipaleolítico: antiguo o facies aziloide o microlaminar, medio o facies geométrica de tipo Filador, y reciente o facies geométrica de tipo Cocina. Como ya se ha recalcado en otra ocasión (Juan-Cabanilles, 1992), la particularidad es que en Tossal de la Roca el Epipaleolítico reciente geométrico comienza y acaba con la fase A de su desarrollo, definida por el horizonte Cocina I, el nivel 2 de Botiqueria o los tramos inferiores del nivel c3 de Costalena. Y algo semejante hemos de deducir de lo que hasta ahora conocemos del abrigo de la Falguera (Aura, 1984). Así pues, la secuencia cultural del Epipaleolítico reciente se detendría en esta zona en la fase indicada, ya que después sólo se encontrará la tradición cardial más pura.

Concretando más las cosas, tendríamos que la parte central de la fachada mediterránea peninsular nos ofrece una visión de relativa uniformidad en la primera parte del Epipaleolítico geométrico (fase A), con la presencia del horizonte propio de Cocina I desde la Cueva Pequeña de la Huesa Tacaña y posiblemente Casa de Lara, pasando por los abrigos de la Falguera y del Tossal de la Roca, el Collado de Oliva, etc., hasta los yacimientos del Bajo Aragón, representados por los abrigos de Costalena, Botiqueria y Pontet; a la que seguirá una segunda fase caracterizada por la diversidad Epipaleolítico-Neolítico con todas las implicaciones derivadas de la interacción y la evolución. Es así como, a lo largo del tiempo que corresponde a esta segunda fase, van separándose unas áreas de otras. Y mientras que en el entorno de l'Or y la Sarsa ahora sólo se evidencia el Neolítico (estructura tecno-económica) cardial, única tradición que se mantendrá en la zona después de haber acabado con la correspondiente al Epipaleolítico (estructura tecno-económica) geométrico del Tossal de la Roca y la Falguera, en idénticas fechas esta misma tradición epipaleolítica es la única que existe en el área de Cocina (fase B de su desarrollo: horizonte Cocina II), como también más arriba, traducida en toda o buena parte de la ocupación de Ljatas, Estany Gran, Can Ballester o Mas Nou, y otra vez hasta el área del Bajo Aragón. Esta última zona es especialmente ilustrativa, por lo que conviene detallar brevemente el proceso. Así, en el inicio del Neolítico (etapa cronológica: comienzos del VI milenio) sólo existe aquí la tradición epipaleolítica (estructura tecno-económica) geométrica en la fase B de su desarrollo: Botiqueria 4, Costalena c3, Secans IIb, Pontet c inferior. Avanzado el Neolítico (etapa cronológica: hacia mediados del VI mi-

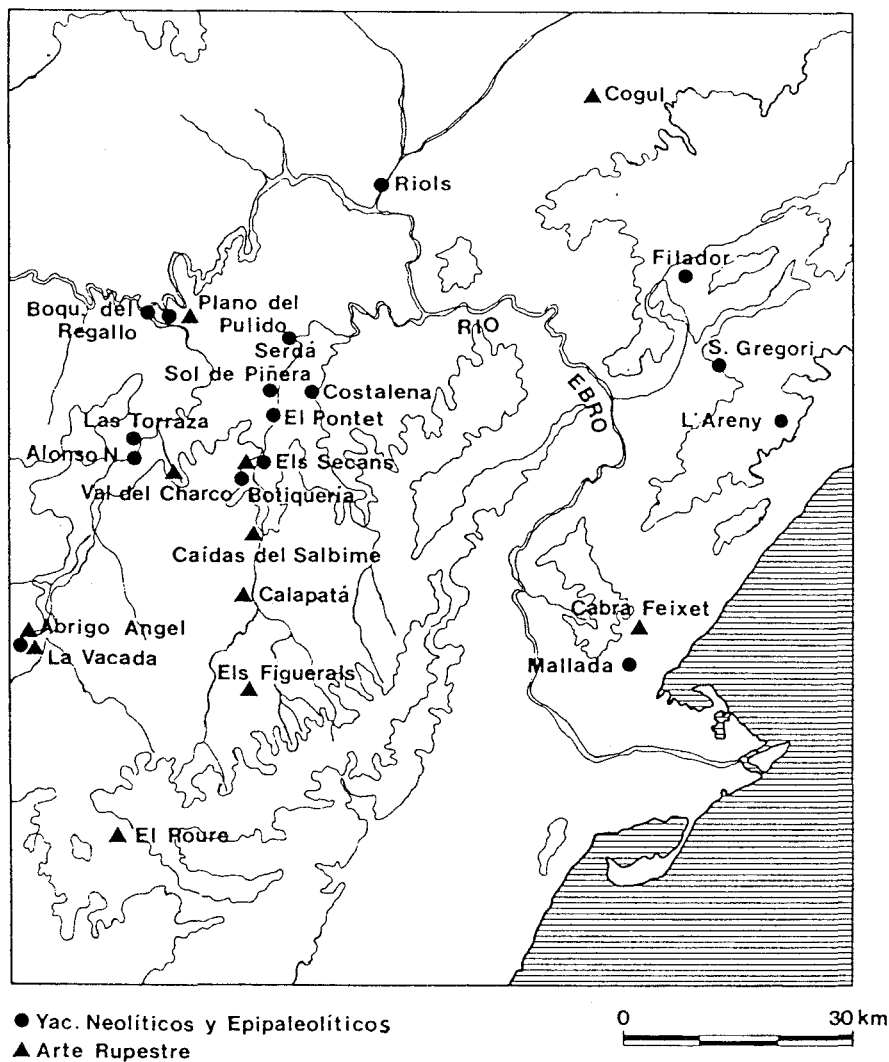


Figura 4. Yacimientos epipaleolíticos, neolíticos y de arte rupestre en el Bajo Aragón. Según Utrilla (1997).

lenio), la misma tradición (en su estructura tecno-económica) es la que todavía continúa en la fase C de su desarrollo: Botiqueria 6, Costalena c2, Secans IIa, Pontet c superior, pero revelando que ya se ha entrado en contacto con la tradición cardial (irrupción principalmente de la cerámica).

Queda claro, pues, que alrededor del 6000 a.C. una parte del territorio valenciano en el que venía desarrollándose el complejo epipaleolítico geométrico es ocupado con celeridad por el Neolítico antiguo cardial. Desde aquí, el nuevo modo de vida llegado desde el Mediterráneo se extenderá hacia las zonas próximas, sobre las que aún siguen desplazándose las comunidades de cazadores-recolectores. La imagen, por tanto, sería la de un núcleo cardial rodeado primero por los grandes espacios de los cazadores y, después, poco a poco, disuelto y fundido en ellos. El Bajo Aragón, como la zona de Cocina, será un espacio epipaleolítico que evolucionará en relación, o en interacción, con los núcleos neolíticos valenciano y catalán.

4. *EL CONTACTO EPIPALEOLÍTICO-NEOLÍTICO EN EL ALTO ARAGÓN, ANDALUCÍA Y PORTUGAL: PERSPECTIVAS ACTUALES*

El modelo de neolitización que de nuevo hemos expuesto aquí para la región central de la fachada mediterránea tiene, evidentemente, claras implicaciones para sus áreas próximas, que de ningún modo pueden quedar al margen. No se trata, empero, de su aplicación mecánica, olvidando los problemas que motivaron aquellos modelos alternativos, algunos de los cuales han sido objeto de atención anteriormente, ni tampoco de ignorar aquellos otros planteamientos de menor alcance, como puedan ser los referidos a un área geográfica determinada, capaces de ilustrar mejor algún aspecto de un proceso tan complejo. Ni la expansión litoral-interior recubre de manera uniforme la periferia peninsular, ni se han solucionado todos los problemas inherentes al marco cronológico; ni el conocimiento del poblamiento epipaleolítico es similar en todas partes. Sin embargo, hemos avanzado considerablemente con la determinación de las facies estacionales y funcionales en nuestros yacimientos y, sobre todo, con el reconocimiento de que en el momento inicial del Neolítico hay en la Península dos grupos distintos, que se encontrarán mutuamente en un espacio y un tiempo diferente en cada caso. Con toda certeza, la integración neolítica del Epipaleolítico fue un proceso complejo en el espacio y en el tiempo, que se prolongó más allá de la primera neolitización, aunque sólo nos ocuparemos en este último apartado del primer contacto entre los grupos epipaleolíticos y los neolíticos cardiales en algunas otras áreas peninsulares a la luz de los nuevos estudios.

En el Alto Aragón, Andalucía y Portugal se han producido significativas novedades en los últimos años. Cataluña, por el contrario, sigue sin ofrecer evidencias claras del contacto Epipaleolítico-Neolítico, y constituiría por

ahora un exponente de aquellas zonas que hemos considerado territorio cardial puro. Los aislados datos proporcionados por la Cova del Filador (Margalef del Montsant, Tarragona) (Fullola, García-Argüelles y Cebrià, 1987; García-Argüelles *et alii*, 1992) o los recientes trabajos sobre la Font del Ros (Berga, Barcelona), tomado este yacimiento como ejemplo de lo que pudo ser el proceso de neolitización en el Prepirineo catalán, son ilustrativos del estado de la cuestión. En la Font del Ros (Pallarés, Bordas y

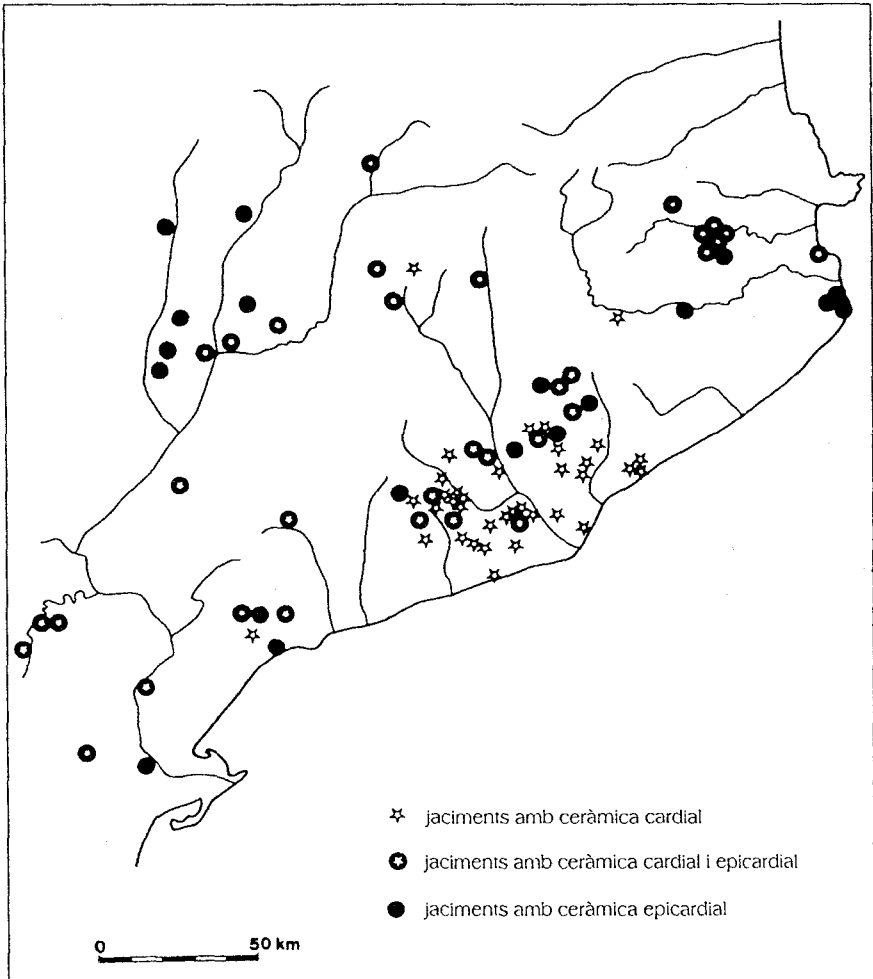


Figura 5. Distribución de los yacimientos con cerámica cardial y epicardial en Cataluña y Bajo Aragón. Según Mestres (1992).

Mora, 1997) el estudio tecnológico de su industria lítica ha llevado a proponer la continuidad entre los dos conjuntos industriales que allí se distinguen: el que corresponde a los cazadores-recolectores del VIII milenio a.C. y el que representaría su proceso de neolitización a lo largo del VI milenio, destacándose que las nuevas actividades económicas neolíticas no modificarían las estrategias de gestión de los recursos líticos. Tal como se expone, se trataría de una posibilidad que carece por ahora de paralelos apropiados. Así, sobre algunos de los yacimientos peninsulares utilizados como referencia, ya han sido comentados en diversas ocasiones los problemas y las razones que hacen difícil la aceptación de un proceso parecido (cf. Fortea y Martí, 1984-85; Zilhão, 1993). Sobre otros yacimientos, dados a conocer más recientemente, como los de la cuenca del Ebro, en los que, tomando los autores los datos de Cava (1994), se habrían documentado «toda una serie de niveles contemporáneos a las ocupaciones mesolíticas de la Font del Ros que presentan, infrapuestos a los niveles con geométricos, ocupaciones con colecciones industriales semejantes, compuestas fundamentalmente por piezas no microlíticas y abundantes denticulados» (Pallarés, Bordas y Mora, 1997, 133), tampoco habría coincidencia en su valoración. Y es que, siguiendo a Cava (1994) y a Utrilla (1997), como luego veremos, estos niveles epipaleolíticos de Aragón, calificados de genéricos, macrolíticos o de denticulados, no constituyen en esta zona el soporte de la neolitización, siendo el Epipaleolítico geométrico el que asiste a dicho proceso. Por el momento, y al lado de la sugestiva propuesta de Miró y Bosch (1990), el mejor modelo de neolitización para Cataluña sería el expuesto por Mestres (1992), en el que se contempla la existencia de un núcleo cardial costero y su expansión hacia el interior del territorio: en una primera «fase pionera», el Neolítico antiguo cardial colonizaría la depresión prelitoral y sierras adyacentes, espacio virgen no ocupado por cazadores-recolectores; después, en una segunda «fase neopionera», la expansión neolítica alcanzaría al resto del territorio catalán, pudiendo producirse entonces el doble proceso de colonización-aculturación.

Y puesto que nos limitamos al posible contacto entre el Epipaleolítico geométrico y el Neolítico cardial, también quedarán fuera aquí de nuestra consideración otros amplios territorios peninsulares. Sólo destacaremos las nuevas síntesis sobre la región Cantábrica, que muestran cómo las influencias neolíticas procedentes del Mediterráneo, habiendo penetrado muy tempranamente hacia el interior del valle del Ebro de acuerdo con la presencia de cerámicas cardiales en el abrigo de Peña Larga (Cripán, Álava) (Fernández Eraso, 1997), conducirían a la aparición del nuevo modo de vida en la primera mitad del V milenio a.C., resultado de un lento proceso de cambio protagonizado por los grupos locales epipaleolíticos (Arias, 1996 y 1997).

4.1. Alto Aragón

Una excelente introducción a parte de los problemas que hemos venido planteando la constituye el estudio de Cava (1994) sobre el Mesolítico en la cuenca del Ebro. Desde el Tardiglaciario y con la mejoría climática del Holoceno, se produciría en esta zona el asentamiento de poblaciones en proceso de expansión demográfica, procedentes de territorios vecinos, agrupándose los yacimientos en tres áreas, a saber, el Bajo Aragón, la vertiente sur del Pirineo y la alta cuenca del Ebro. El Sauveterriense clásico apenas estaría aquí documentado y su espacio cronológico parece ocuparlo, bien una perduración de lo aziloide hasta avanzado el noveno milenio BP, preferentemente en el Alto Ebro y estribaciones pirenaicas, o bien aquellos niveles contemporáneos con predominio de denticulados masivos, presentes en las tres áreas: en los yacimientos de Costalena, Pontet o abrigo de Ángel, en el Bajo Aragón; Forcas, en el Prepirineo; o Kanpanoste Goikoa, en el Alto Ebro (ibíd., 87). A finales del noveno milenio BP e inicios del octavo comenzarían a formarse la mayoría de los niveles con industrias geométricas, proporcionando fechas más antiguas las de la mitad occidental. Partiendo de una base caracterizada por la presencia masiva de trapecios de retoque abrupto durante el octavo milenio BP, en su desarrollo se produciría una cierta diversificación. Así, en los yacimientos del Bajo Aragón se seguirían los mismos pasos que en los de los territorios más próximos al Mediterráneo, representados por Cocina. Con respecto a los enclaves pirenaicos, Zatoya, Margineda y Aizpea proporcionarían datos acerca de una cierta relación con el sur de Francia. Y, por lo que se refiere al Alto Ebro, los pocos yacimientos estudiados, como el abrigo de la Peña, podrían aventurar una cierta relación con el bajo Ebro y, extensivamente, con el Mediterráneo peninsular, aunque hay que esperar la publicación detallada de otras estaciones. «Por criterios de proximidad se puede pensar en una relación inmediata de los yacimientos del Bajo Ebro con respecto a los situados en las zonas costeras mediterráneas, y de algunos sitios de las estribaciones meridionales pirenaicas y acaso del Alto Ebro con respecto al área continental septentrional; pero también se deben admitir una serie de contactos que se establecerán entre los extremos de la Cuenca del Ebro, puesto que es constante la presencia de elementos mediterráneos en territorios interiores» (ibíd., 88).

Concepto de gran interés, Cava habla de la «mesolitización» de la cuenca del Ebro, manifestada por la geometrización de sus industrias desde la transición IX/VIII milenios BP, como de un modo de vida diferente al del final del Paleolítico superior en lo que se refiere al modelo de ocupación del territorio, lugares de hábitat y explotación integral de los recursos naturales.

Se trataría de un proceso que desbordaría la zona, porque en su génesis parece probable la llegada de grupos desde territorios inmediatos, y porque su facies industrial se extiende ampliamente por la Península con paralelos estrechos en el Mediterráneo, con Cocina o Tossal de la Roca; en el interior andaluz, con Nacimiento; o, incluso, en el Atlántico, con los concheros de Muge. Estas «poblaciones que se establecen durante el Mesolítico en la Cuenca del Ebro actuarán como base receptora de las innovaciones neolíticas: en la mayor parte de los casos se reconoce una continuidad clara en la ocupación entre ambas situaciones culturales. También es cierto que la influencia de la neolitización temprana será escasa aquí y, salvo en algunos yacimientos excepcionales tales como Chaves, Olvena, etc., se circunscribirá a los aspectos puramente industriales, manteniéndose los sistemas mesolíticos de explotación del medio» (ibíd., 88).

Así pues, hablar de mesolitización evoca territorios con distinto grado de ocupación, movimiento de nuevas gentes que llegan desde áreas próximas y que, más adelante, serán la base receptora de las innovaciones neolíticas (¿tal vez también de los grupos neolíticos que sustentan esas novedades?), entre otras muchas cosas; de manera que todo viene a describir una imagen que guarda notables semejanzas, siempre con matices y a veces de manera parcial, con lo visto anteriormente para zonas más meridionales. Entre estas semejanzas nuestro interés ahora es la que puede establecerse entre el Alto Aragón y el Bajo Aragón o el País Valenciano, y que pudiera llegar a comprender, además del Epipaleolítico geométrico, la dualidad también de un Neolítico de origen externo y un proceso de neolitización de la base epipaleolítica local.

Centrándonos, pues, en ello, dentro de la triple situación teórica substrato epipaleolítico-neolitización del substrato epipaleolítico-neolítico puro, en el Alto Aragón, y hasta muy recientemente, Chaves aparecía de manera especial como un yacimiento que venía a representar un foco Neolítico puro, sin relación con el substrato epipaleolítico y, por la misma razón, tampoco con la neolitización de este substrato. La importancia, por tanto, de los primeros resultados obtenidos en el nuevo yacimiento de Forcas II (Utrilla y Mazo, 1994), ha sido el mostrar que ese substrato existía en zonas próximas y más orientales, y que, sin embargo, no es el que explica la aparición del Neolítico puro de Chaves. Por consiguiente, también en el Alto Aragón podría reconocerse la dualidad de situaciones constatada en otros ámbitos. En palabras de Rodanés y Ramón (1995, 124): «No encontramos argumentos, sin embargo, para negar la existencia de dos modelos de neolitización en Aragón, tal como se ha venido manteniendo, es más todo lo contrario. Las diferencias cuantitativas y cualitativas de la cultura material permiten diferenciar una serie de yacimientos en los que la tradición epipaleolítica se

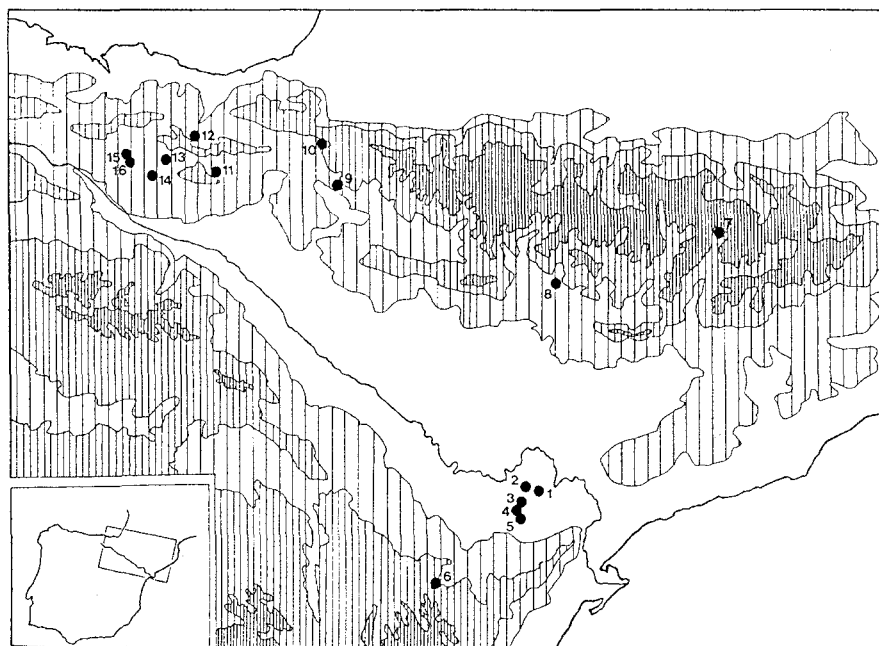


Figura 6. Yacimientos mesolíticos de la Cuenca del Ebro: 1. Costalena; 2. Sol de la Piñera; 3. Pontet; 4. Secans; 5. Botiqueria dels Moros; 6. Abrigo de Àngel; 7. Balma Margineda; 8. Forcas II; 9. Padre Areso; 10. Aizpea; 11. La Peña; 12. Kukuma; 13. Kanpanoste Goikoa; 14. Mendandia; 15. Socuevas; 16. Fuente de Hoz. Según Cava (1994).

hace presente y matiza el proceso, frente aquellos en los que la carencia de este substrato permite la instauración de un Neolítico ex novo. Ambas variantes no son exclusivas de nuestra región sino que son habituales en el oriente peninsular y en todo el Mediterráneo occidental. El único aspecto importante que debemos señalar es que hasta ahora el primer modelo era aplicado únicamente al Bajo Aragón con el grupo Cocina, mientras que con la aparición de yacimientos como Forcas II se extiende a otros lugares, permitiendo suponer con ello que el fenómeno sería más general». En efecto, comprobar que el proceso neolitizador del Bajo Aragón también ocurre en el Alto Aragón confirmaría que Chaves es excepcional en tanto que no responde a la evolución del substrato epipaleolítico, que sí existe en zonas próximas. Chaves, en definitiva, sería aquel Neolítico puro que sustenta las novedades mencionadas anteriormente.

El abrigo de Forcas II (Graus, Huesca), junto al río Ésera, supone, pues, un cambio notable en la información disponible sobre la neolitización

del Alto Aragón, dominada hasta ahora por la presencia de Chaves. Utrilla y Mazo (1994, 58) han ponderado su significado: «Esta secuencia de Forcas II es inédita en la provincia de Huesca, ya que aparece documentado por vez primera el Neolítico de tradición epipaleolítica, en claro contraste con los yacimientos del Neolítico puro propios de la zona (Chaves, Olvena y los posteriores de la Miranda, Puyascada y Forcón). Es una secuencia calcada de los conocidos yacimientos del valle del Matarraña, Botiquería, Costalena, Pontet, Serdá, Sol de la Piñera...». De acuerdo con sus excavadores, el nivel b de Forcas II, en su tramo inferior, correspondería al Epipaleolítico geométrico, datado en 7090 ± 340 BP, mientras que en sus tramos medio y superior aparecería la cerámica cardial, lo que significaría «la aculturación neolítica de esa población epipaleolítica tal como ocurre en el Bajo Aragón, sin que esta aculturación afecte a otra cosa que a la presencia de cerámica cardial y a la consiguiente sustitución del retoque abrupto por el doble bisel», con fecha 6940 ± 90 BP. A todo lo cual los últimos trabajos de excavación (Utrilla, 1997, 32-34) han aportado como novedad de gran interés la aparición de un nivel neolítico más reciente que presenta domesticación de ovicápridos, láminas de sílex con pátina de cereal y auténticos taladros; así como la distinción de dos niveles epipaleolíticos geométricos, con una plaqueta decorada de tipo Cocina en el más profundo de ellos.

En suma, Forcas II se integraría en un modelo general de poblamiento para Aragón que se iniciaría con un epipaleolítico genérico de tipo denticulado o macrolítico, datado en Forcas II en 8650 ± 70 BP, y en el Bajo Aragón, en el Abrigo de Ángel (Ladruñán, Teruel) (Sebastián, 1992), en 8210 ± 210 y 8060 ± 270 BP; al que seguiría el Epipaleolítico geométrico, que ocupa a grandes rasgos el octavo milenio, y el Neolítico antiguo, que abarca el séptimo, en el que la cerámica cardial representa los préstamos realizados a unas poblaciones que siguen practicando una economía de tipo epipaleolítico, quedando patente la continuidad de este poblamiento en Botiquería, Costalena, Pontet, Ángel o la propia Forcas II. Y a ellos habría que añadir los neolíticos de nueva planta representados por Chaves (Utrilla, 1997, 37-38).

Sin menoscabo de esta secuencia general, el nuevo nivel neolítico que se anuncia en Forcas II —aunque hay que esperar lógicamente a que avance su estudio— sugiere alguna otra posibilidad: ¿Puede indicar el final de la tradición epipaleolítica en el yacimiento y su incorporación al Neolítico de nueva planta que representa Chaves en la zona?; o, en otras palabras, ¿puede ser reflejo de un proceso semejante al que hemos supuesto para el Tossal de la Roca? Independientemente de las respuestas, lo cierto es que el Alto Aragón se incorpora a los problemas que venimos analizando, y

que su contribución será igualmente valiosa en aquellas otras cuestiones que aquí no han podido ser consideradas, como las que se refieren al arte rupestre Levantino. Por otro lado, la alta datación obtenida en Forcas II para la cerámica cardial ha planteado la posibilidad de que el Neolítico haya penetrado en este ámbito a través del eje Segre-Cinca, desde el Languedoc; una relación transpirenaica ya planteada por Cava para el Epipaleolítico, tomando como referencia Zatoya, Margineda y Aizpea. Sin duda hay que contemplar la posibilidad de relaciones con el sur de Francia, pero no parece que la documentación actual muestre que éste sea el paso para las influencias neolíticas. Es cierto que las dataciones que por ahora conocemos de Cataluña no son tan elevadas, pero seguimos pensando en el foco cardial del territorio catalán y en el Ebro como camino principal para el avance del Neolítico en el cuadrante nordeste peninsular.

4.2. Andalucía

Entre el núcleo meridional valenciano y Andalucía cabe esperar novedades significativas en las tierras de Albacete y Murcia, espacio importante por lo que se refiere a la relación entre los yacimientos alicantinos y andaluces, y en particular con respecto a las tierras de Almería. Por ahora, y tal como ya manifestábamos en otra ocasión (Martí, Juan-Cabanilles y Bernabeu, 1991, 62), continúan siendo pocos los datos que puedan aportar alguna luz sobre la problemática de la neolitización (Muñoz, 1987) en este espacio «puente». La existencia aquí de industrias de carácter epipaleolítico antiguo, incluíbles en la tradición microlaminar, ha sido ya reconocida (Martínez Andreu, 1983), y en el caso concreto del depósito no estratificado de la cueva del Búho (Mula, Murcia), la presencia de algunos geométricos es posible que pudiera representar —aunque con muchas reservas— el indicio del desarrollo local de otras industrias epipaleolíticas más evolucionadas. Desde la parcela neolítica ocurre otro tanto, ya que la mayor parte de los yacimientos de que se tiene constancia (Martínez Sánchez, 1988) se encuadrarían en un Neolítico avanzado (epicardial o medio). Un caso especial, empero, lo constituye el abrigo del Barranco de los Grajos (Cieza, Murcia), yacimiento conocido de tiempo y que por la presencia de algún fragmento cardial y una datación C14 que remite, sin calibrar, a fines del VI milenio a.C., se ha tomado como ejemplo de la existencia en la zona de un poblamiento neolítico antiguo. Asimismo, y en base a una pretendida asociación de la cerámica cardial con algunos elementos líticos de ascendencia magdaleniense o epimagdaleniense, ha creído verse en este yacimiento una perduración de las técnicas paleo-epipaleolíticas hasta los tiempos

neolíticos (Walker, 1977). Más adelante, a propósito de ciertos casos andaluces, trataremos de este tipo de interpretaciones, en las que, al igual que en Barranco de los Grajos, suelen obviarse los problemas de estratigrafía y el peso de la información disponible para áreas limítrofes.

En Andalucía han sido muy abundantes los yacimientos neolíticos al aire libre descubiertos en los últimos años, tanto en las zonas costeras como en el interior. Su significación y precisa adscripción cultural y cronológica ha sido objeto de análisis, proponiéndose que el modelo de ocupación del territorio sería el de pequeños asentamientos alrededor de otro mayor, como el detectado en torno a la Cueva de los Murciélagos de Zuheros, cuya actividad agrícola y ganadera, documentada desde la segunda mitad del sexto milenio a.C., seguiría siendo de las más antiguas de Andalucía, mostrando «la escasa consistencia de determinadas hipótesis que cobran carácter de afirmación, como es el presunto retardarismo económico, en su vertiente agrícola, de los grupos asentados en medios serranos frente a los situados en las campiñas o en el litoral, supuestamente más dinámicos» (Gavilán y Vera, 1997, 19). Lo que supone un nuevo avance en el conocimiento del Neolítico medio («epicardial» *sensu lato* de otras zonas), que nos va alejando cada vez más de su tradicional denominación de Cultura de las Cuevas con Cerámica Decorada (Fernández Caro y Gavilán, 1995, 55). La progresión, sin embargo, es menor por lo que se refiere al Neolítico antiguo, en el que los interrogantes afectan a su distribución territorial, relaciones externas y cronología.

Centrándonos en la neolitización, la situación objetiva de la que partimos es la de un conocimiento precario del substrato epipaleolítico que asistiría o protagonizaría aquel proceso. Si tomamos como referencia el modelo centro-mediterráneo (el que ilustran los yacimientos valencianos o aragoneses), la realidad inmediata es que la facies Cocina del Epipaleolítico geométrico se halla prácticamente ausente en gran parte del territorio andaluz, o es de atribución problemática en determinados casos donde se ha creído constatar. Como datos ya de tiempo conocidos, apuntaríamos los leves indicios entrevistos en el abrigo de Valdecuevas (Cazorla, Jaén), cuyos niveles antecerámicos se han adscrito al horizonte Cocina II (Sarrión, 1980); los no tan leves de la Cueva del Nacimiento (Pontones, Jaén), especialmente los revelados por la capa III del nivel B de la excavación de Rodríguez (1982); y los más problemáticos que corresponderían al nivel «mixto» (Such, 1920) de Hoyo de la Mina (Málaga), considerado por Fortea (1973, 406) como de tradición epipaleolítica geométrica. En los tres casos, los mencionados niveles se encontrarían infrapuestos, sin solución de continuidad, a otros pertenecientes ya al Neolítico medio andaluz.

Las perspectivas se «habrían» ampliado en los últimos años con la adscripción al Epipaleolítico geométrico de facies Cocina de una serie de yacimientos de superficie localizados en la provincia de Córdoba, dada la presencia en ellos de algunas armaduras geométricas, en especial trapezios y triángulos, como en Fuente del Carmen (Zuheros), Olivar de las Patudas (Hinojosa del Duque), Fuente del Pez (Montilla) (Asquerino, 1985, 1987a, 1987b, 1988) y Llanos de Jarcas (Cabra) (Gavilán, 1987a); en otros de estos casos, en cambio, como en el de Fuente de las Palomas (Carcabuey), se ha considerado posible su relación con el Epipaleolítico microlaminar tipo Sant Gregori (Asquerino, 1986). Sin embargo, muchos de estos yacimientos han sido interpretados como talleres líticos de cronología neolítica (Ramos Muñoz, 1988-89), relacionados algunos —F. del Carmen, F. de las Palomas, Llanos de Jarcas— con el importante núcleo de cuevas del subbético cordobés, donde se hallan los importantes asentamientos de la Cueva de los Murciélagos (Zuheros) y la Cueva de los Mármoles (Priego de Córdoba). De modo que en la actualidad predomina el juicio de que resulta arriesgado incluir las industrias de estos yacimientos entre las facies estandarizadas del Epipaleolítico geométrico (Sanchidrián *et alii*, 1996, 88-89). Por completar la relación, indicaríamos que también se han atribuido al Epipaleolítico geométrico, según Sanchidrián *et alii* (ibíd.), los niveles de «transición» (M13 y M12 de la Sala de la Mina, y V3c del Vestíbulo) de la Cueva de Nerja (Nerja, Málaga), así como el asentamiento de Río Palmones (Algeciras, Cádiz), al que luego volveremos a referirnos. Por último, hay que señalar que el yacimiento de El Duende (Ronda, Málaga) se ha relacionado con Filador VI, es decir, con la facies geométrica «sauveterroide» representada en esta estación catalana (Martínez Fernández y Aguayo, 1984).

Esta escasez de datos sobre la facies epipaleolítica geométrica, cuando no su fragilidad, en abierto contraste con el panorama de la fachada centro-mediterránea peninsular y también de la atlántica, ha llevado a planteamientos como los de Pellicer y Acosta (Acosta, 1986; Acosta y Pellicer, 1990; Pellicer, 1987, 1992; entre otros trabajos) que abogan por una larga perduración del Epipaleolítico microlaminar en el ámbito andaluz, facies que revestiría aquí la condición de substrato tecnológico y humano de la neolitización; y en esta misma línea se ha planteado una extraordinaria continuidad del substrato local desde el Solútreo-gravetiense hasta el Neolítico, particularmente en la banda atlántica de Cádiz y en el litoral de Huelva (Ramos Muñoz, 1988-89; Ramos Muñoz *et alii*, 1996, 1997). Dentro aún de esta perspectiva, una perduración más matizada había sido propuesta por Martínez Fernández y Aguayo (1984), para quienes el Epipaleolítico microlaminar llegaría en las zonas más alejadas del levante

peninsular hasta poco antes de los inicios del Neolítico, momento en que podría haber existido un breve desarrollo del horizonte geométrico, ejemplificado por el ya señalado nivel «mixto» de Hoyo de la Mina.

La consideración del Epipaleolítico microlaminar —si no de otras tradiciones más antiguas— como substrato de la neolitización derivaría de una serie de circunstancias de las que no son ajenas la relativa «mejor» representación de este complejo industrial en Andalucía en comparación con el complejo geométrico, señalado el primero en una serie de yacimientos como Nerja, Hoyo de la Mina, Cueva de la Victoria (Rincón de la Victoria, Málaga), Cueva Ambrosio (Vélez-Blanco, Almería), Cueva de la Palica (Antas, Almería), Fuente de las Palomas, El Pirulejo (Priego de Córdoba, Córdoba), posiblemente El Duende, entre los mejor conocidos (ver Sanchidrián *et alii*, 1996, 79-87). En esencia, los argumentos descansarían, por un lado, en la «aparente» conexión Microlaminar-Neolítico observada en algunas secuencias estratigráficas (cf. Nerja, principalmente; posiblemente también en Ambrosio); por otro lado, en ciertas dataciones C14 referidas a ambas fases. Así por ejemplo, al Microlaminar de Nerja, en sus niveles más recientes, se le asignan unas dataciones bajas, a caballo —sin calibrar— entre el final del VII milenio a.C. y el inicio del VI (Pellicer, 1987), las cuales se recortarían con las altas dataciones del Neolítico «inicial» del propio yacimiento y de otras estaciones como la Cueva Chica de Santiago (Cazalla de la Sierra, Sevilla) o la Cueva de la Dehesilla (Algar, Cádiz), que remitirían —también sin calibrar— a inicios del VI milenio a.C. (ibíd. y Pellicer y Acosta, 1982). De estas «continuidades» estratigráficas (Nerja como paradigma) y encabalgamientos crono-radiométricos a postular la pervivencia de la tecnología «microlaminar» en las industrias del Neolítico inicial hay sólo un paso, tal como constantemente sugieren Pellicer, Acosta y Ramos Muñoz. Es así como se entrevería, especialmente para la Andalucía occidental, un substrato epipaleolítico microlaminar de la neolitización que enlazaría con las tesis de autoctonía, todo lo más de aculturación, para explicar dicho proceso.

Deteniéndonos muy brevemente en la cuestión industrial, intentando valorar si la tradición microlaminar tiene realmente reflejo en la tecnología del Neolítico antiguo, pensamos que tal presunción deriva del particular empleo de los conceptos tipológicos al uso; y ello tanto para materiales considerados «epipaleolíticos» como «neolíticos». Así, las hojitas de dorso (piezas bien definidas y las más representativas del Epipaleolítico microlaminar) que se apuntan, por ejemplo, para los conjuntos de superficie estudiados por Asquerino, Gavilán o Ramos Muñoz, se consideren éstos, como hemos dicho, epipaleolíticos o neolíticos —F. de las Palomas, F. del Carmen, Llanos de Jarcas, Río Palmones, etc.—, podrían tener mejor

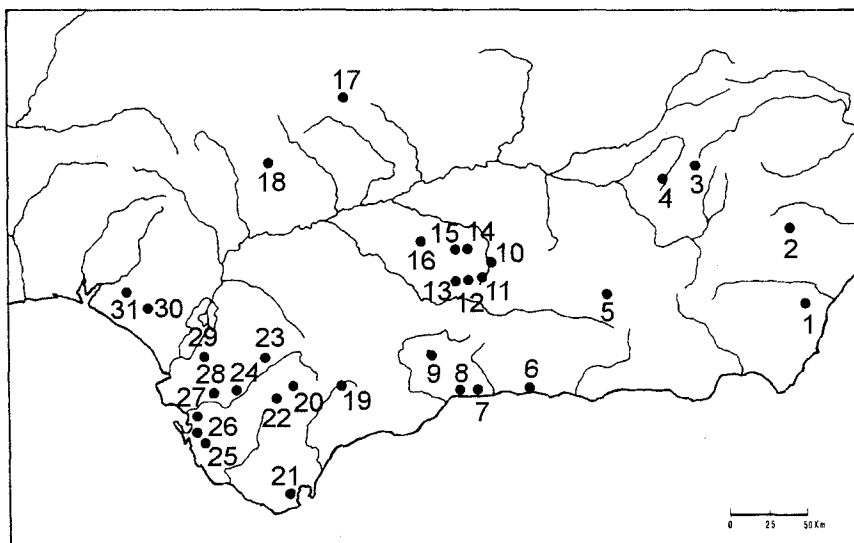


Figura 7. Yacimientos de Andalucía citados en el texto: 1. Cueva Ambrosio (Vélez-Blanco); 2. Cueva de la Palica (Antas); 3. Cueva del Nacimiento (Pontones); 4. Abrigo de Valdecuevas (Cazorla); 5. Cueva de la Carigüela (Piñar); 6. Cueva de Nerja (Nerja); 7. Cueva de la Victoria (Rincón de la Victoria); 8. Cueva de Hoyo de la Mina (Málaga); 9. Cueva del Toro (Antequera); 10. El Pirulejo (Priego de Córdoba); 11. Cueva de los Mármoles (Priego de Córdoba); 12. Fuente de las Palomas (Carcabuey); 13. Llanos de Jarcas (Cabra); 14. Fuente del Carmen (Zuheros); 15. Cueva de los Murciélagos (Zuheros); 16. Fuente del Pez (Montilla); 17. Olivar de las Patudas (Hinojosa del Duque); 18. Cueva Chica de Santiago (Cazalla de la Sierra); 19. El Duende (Ronda); 20. Cueva de la Dehesilla (Algar); 21. Río Palmones (Algeciras); 22. Cueva del Parralejo (Jerez); 23. Los Frailes (Bornos); 24. La Esperilla (Espera); 25. La Mesa (Chiclana); 26. El Estanquillo (San Fernando); 27. El Retamar (Puerto Real); 28. El Cuartillo (Jerez); 29. Lebrija; 30. El Judío (Almonte); 31. La Dehesa (Lucena del Puerto).

acomodo entre las hojas y hojitas con retoques marginales (a menudo semiabruptos) típicas de las industrias plenamente neolíticas, bien documentadas en yacimientos como Cueva de la Carigüela (Piñar, Granada) (Martínez Fernández, 1985), Murciélagos de Zuheros (Vicent Zaragoza y Muñoz, 1973; Gavilán, 1991b), Mármoles de Priego (Gavilán, 1987b), etc. Y lo mismo podría decirse para los escasos raspadores y buriles —las otras piezas «exponentes» del viejo substrato tecnológico— clasificados a menudo forzosamente en niveles neolíticos. Además de esto, hay que contar con los problemas de índole estratigráfica propios de los yacimientos con niveles de «transición», donde siempre es previsible la mezcla de materiales (cf. las hojitas de dorso, ahora reales, en el Neolítico inicial de Nerja). [For-tea (1986) ya ha señalado la dificultad de interpretar estratigráficamente la

«transición» Epipaleolítico-Neolítico en Nerja; por otro lado, viene bien al caso volver a recordar que la faceta de neolitización que en un principio se atribuía a Malladetes, yacimiento con una problemática idéntica a la de Nerja, ya ha sido totalmente descartada del modelo centro-mediterráneo.]

Puesta en duda la visión del microlaminar como substrato tecnológico, la otra cuestión a dilucidar es la de si se puede detectar la tradición epipaleolítica geométrica en las industrias del Neolítico antiguo y medio andaluz, para lo que, obviamente, el componente a analizar es el «geometrismo» de los yacimientos implicados. Los resultados, fruto del repaso bibliográfico, y dicho ya de entrada, son bastante precarios, puesto que se conocen pocos geométricos, por regla general, en los niveles iniciales del Neolítico de la zona. Si exceptuamos el caso de El Retamar (Puerto Real, Cádiz), yacimiento de superficie con cerámica cardial y 355 trapezoides y 5 triángulos, todos de retoque abrupto (Ramos Muñoz *et alii*, 1997), en Carigüela, Murciélagos de Zuheros, Cueva del Parralejo (San José del Valle, Cádiz) (Pellicer y Acosta, 1982) y Cueva Chica de Santiago (Acosta, 1986) no se señalan geométricos; en Nerja (Pellicer y Acosta, 1986) y Mármoles de Priego, algún trapecio de retoque abrupto; en Dehesilla, un segmento y un triángulo (Acosta, 1986; Acosta y Pellicer, 1990)...; y esto por reseñar algunos de los yacimientos más representativos del Neolítico andaluz. Si consideramos, todavía, las nuevas estaciones «neolíticas» detectadas en la banda atlántica de Cádiz, otras que El Retamar —cf. Cuartillo, El Estanquillo, La Mesa (Ramos Muñoz, 1988-89; Ramos Muñoz *et alii*, 1993-94, 1997)—, o del litoral de Huelva —cf. La Dehesa, El Judío (Ramos Muñoz, 1988-89)—, todas ellas de superficie y con cerámicas del Neolítico medio/reciente, la mayoría ofrecen pocos trapezoides de retoque abrupto y algún triángulo o segmento, éstos últimos no siempre convincentes. Con estos datos, en definitiva, sólo podemos constatar que los trapezoides de retoque abrupto (normalmente de lados rectilíneos) son, en su escasez general —El Retamar constituye un caso excepcional—, dominantes; que la técnica del microburil (deducida de la presencia de microburiles), en yacimientos cerámicos, únicamente se señala —y la determinación puede ser también forzada— en el caso de La Mesa (Ramos Muñoz *et alii*, 1993-94), siendo curioso y muy significativo que los microburiles no aparezcan en el yacimiento cardial de El Retamar (con 360 geométricos); y que la técnica del doble bisel se halla prácticamente ausente en todos los conjuntos vistos, sean de atribución epipaleolítica o neolítica.

El diagnóstico, por tanto, es que el geometrismo de los yacimientos con niveles del Neolítico «inicial» andaluz (cardial, o impreso no cardial e inciso), no sería de base epipaleolítica geométrica, tal como esto se entiende en el área centro-mediterránea (cf. Cocina, Costalena, Botiquería);

más bien se trataría de un geometrismo «neolítico», tal como también lo entendemos, en esa misma área, para los casos que ejemplifica la Cova de l'Or. Por otra parte, la industria de los yacimientos andaluces, en términos generales, sería una industria típicamente «neolítica», con una fuerte presencia de hojas y hojitas con retoques marginales y señales de uso, algunos taladros bien característicos y una débil o inexistente representación del «substrato» (raspadores, buriles y hojitas de dorso).

Prácticamente descartado, pues, lo microlaminar como substrato, así como la filiación epipaleolítica geométrica de las industrias neolíticas, la última pregunta ha de referirse al significado de aquellos niveles epipaleolíticos geométricos que hemos señalado al comienzo, concretamente los existentes en Nacimiento y Valdecuevas, que corresponderían a la facies Cocina, y también al de dos de los nuevos yacimientos aportados por la reciente investigación, como son Río Palmones (Algeciras, Cádiz) (Ramos Muñoz *et alii*, 1997) y Los Frailes (Bornos, Cádiz) (Giles *et alii*, 1997), que posiblemente tengan la misma filiación o, al menos, se relacionen con alguna facies «tardenoide». ¿Son, o no, expresión de un substrato local que asiste a la neolitización? En el caso de Nacimiento, es del todo probable que su nivel B (capa III), acerámico (Rodríguez, 1982), corresponda a un horizonte de la facies Cocina. En efecto, hojitas de dorso, algún segmento y dos posibles triángulos tipo Cocina podrían adscribirse, en principio, a la fase Cocina II. Si bien este nivel no se identificó en las excavaciones de Asquerino y López (1981), sí se haría en una revisión posterior de los materiales recuperados en la intervención de Rodríguez (Asquerino, 1992), confirmando la secuencia de dicho autor. La datación C14 de este nivel, 7620 ± 140 BP, equiparable a las de Botiquería dels Moros y Tossal de la Roca, remitiría a un momento Cocina I. Por otra parte, en la excavación de Asquerino y López, aunque asociados a las cerámicas, se observó la presencia de trapecios alargados y de lados cóncavos, triángulos también alargados y con un lado igualmente cóncavo, además de algún segmento estrecho, piezas que se encuadrarían bien en los horizontes epipaleolíticos mencionados. De modo, pues, que bien pudo haber en Nacimiento un nivel que correspondiera a los horizontes Cocina I-II. En última instancia, las fiables evidencias de Nacimiento vendrían a confirmar los niveles antecerámicos del muy próximo abrigo de Valdecuevas, en su atribución también a la facies Cocina, aunque la escasez de los datos impide dictaminar sobre su horizonte concreto. Así que, en conjunto, ambos yacimientos sugieren para esta área de la Alta Andalucía una ocupación epipaleolítica geométrica que se relacionaría con los ambientes mediterráneos más orientales.

El yacimiento de superficie de Río Palmones, en la bahía de Algeciras, ha proporcionado triángulos y algunos trapecios, normalmente de lados

cóncavos y con técnica de microburil, junto con hojitas de dorso y piezas con muescas o denticulación. Sus excavadores (Ramos Muñoz *et alii*, 1997), teniendo en cuenta todo el conjunto de sus evidencias líticas, adscriben la estación al final del Paleolítico superior y al Epipaleolítico. Si reparamos en los triángulos, éstos tienen un aire diferente a los de Cocina o Botiquería, ya que se trata de piezas bastante cortas. De todas formas, una parte de los materiales de este yacimiento podría representar una facies regional del Epipaleolítico geométrico, no lejos del horizonte Cocina II. Como exponen Sanchidrián *et alii* (1996, 88), Río Palmones responde a un repertorio tipológico heterogéneo, normal en una recogida de materiales sin referencia estratigráfica, pero los triángulos y las muescas y denticulados les recuerda así mismo la facies Cocina. Y algo semejante sucedería en el yacimiento también de superficie de Los Frailes, en la cuenca media del Guadalete, donde las evidencias líticas recogidas comprenden algunos trapecios de aspecto «tardenoide», entre otros materiales que los excavadores derivan de tradiciones desde el Solutrense evolucionado hasta el final del Paleolítico superior (Giles *et alii*, 1997). Con las inevitables reservas, también aquí el señalado aire tardenoide de sus trapecios podría conducir a encuadrarlo parcialmente en un horizonte cercano a Cocina I.

Así pues, y por lo que se desprende de estos cuatro yacimientos, las evidencias más probables del Epipaleolítico geométrico en Andalucía se dan, por ahora, en sus dos extremos. La parte oriental, con Nacimiento y Valdecuevas, sería a relacionar, como siempre se ha sugerido, con el ámbito mediterráneo; la occidental, en cambio, no sería de filiación tan precisa, aunque tal vez el punto de mira deba dirigirse preferentemente hacia el sur de Portugal. ¿Es posible que este hecho tenga relación con el posterior desarrollo neolítico, proyectándose éste a partir de sendos focos, representados por Carigüela en el oriente y Lebrija/Retamar en occidente? El interrogante, sobre todo en su segunda parte, queda por el momento abierto, si bien hay que contestar aún a la pregunta de si este Epipaleolítico geométrico asiste realmente a la neolitización y es el substrato de la misma.

Con los datos actuales, lo que sí puede afirmarse es que en Andalucía no existe nada parecido a un proceso de neolitización como el que se observa en Cocina, Botiquería o Costalena. Expresándolo de otro modo, diríamos que en los yacimientos estratificados andaluces donde hay Epipaleolítico geométrico y Neolítico (Nacimiento y Valdecuevas), no parece probable que el Neolítico sea el resultado de la neolitización del substrato epipaleolítico que allí concurre (tecnológico y/o humano). En realidad, hay poca información para Valdecuevas, por lo que el problema se reduce prácticamente a Nacimiento. Como hemos visto, es cierto que aquí existen niveles que testimonian ocupaciones epipaleolíticas de facies

Cocina, posiblemente de los horizontes I-II, a los que conviene la datación 7620 ± 140 BP. Por encima, sin solución de continuidad aparente, se dan niveles cerámicos que corresponden a contextos del Neolítico medio, a los que también conviene la datación 5490 ± 120 BP. Estos mismos niveles cuentan con otra datación, 6780 ± 130 BP (Rodríguez, 1982), un tanto elevada para el concreto contexto cerámico que fecha, por lo que tal vez pueda indicar la contaminación de niveles epipaleolíticos y neolíticos (no hay que olvidar que el horizonte epipaleolítico no se detectó en la excavación de Asquerino y López, ni tampoco el aspecto «tardenoide», no «neolítico», de parte de los geométricos que acompañaban a la cerámica según esa misma excavación). En consecuencia, puede decirse que el desfase cronológico entre los niveles epipaleolíticos geométricos y los niveles neolíticos, además de las razones tecnológicas, estilísticas y tafonómicas apuntadas, dificultaría la consideración en Nacimiento de un proceso *in situ* de aculturación epipaleolítica.

No obstante lo expuesto, si aplicáramos aquí un modelo como el del Bajo Aragón, los grupos epipaleolíticos geométricos pudieron frecuentar los abrigos de la Alta Andalucía mientras en áreas próximas se implantaba y desarrollaba el Neolítico antiguo (Carigüela como hito), para incorporarse al nuevo modo de vida en la fase siguiente. Por el contrario, el otro foco de la Andalucía occidental se incorporaría de inmediato al conjunto de las tierras costeras que va cubriendo en su avance el nuevo modo de vida neolítico. Evidentemente, hay todo un cúmulo de problemas que necesita de más datos para intentar su solución. Si seguimos tomando como principal referencia el Neolítico cardial del oriente peninsular, los planteamientos han sido expuestos por Fernández Caro y Gavilán (1995, 55): «En cuanto a las cerámicas cardiales presentes en la mayoría de los yacimientos situados en Andalucía occidental, según lo publicado, hemos de decir que ofrecen un aspecto bien diferente, en cuanto a su calidad, del cardial levantino y granadino, representado éste principalmente por Carigüela, lo que podría indicar que, según las secuencias levantinas, estaríamos ante los momentos finales del cardial. De otro lado, consideramos que el escaso número de fragmentos decorados mediante *cardium* con que se cuenta en Andalucía Occidental, y en determinados yacimientos de la Oriental, tiende a sobrevalorarse en extremo, de tal manera que la sola presencia de un fragmento decorado con esa matriz, sirve de base para asegurar un Neolítico Antiguo, incluso para materiales descontextualizados, cuando la realidad, hoy por hoy, y a tenor de los datos que se tienen, es que Andalucía Occidental no cuenta con un Neolítico Antiguo Cardial como el Levantino y que, junto a las escasas impresas cardiales, se constata un número más que considerable de otras especies cerámicas

decoradas mediante otros sistemas. Consideramos que, antes de pronunciarnos a favor o en contra del binomio Neolítico Antiguo = a cerámica cardial en Andalucía, es necesario contar con más estratigrafías en las que esta especie esté presente en mayor cantidad...».

Pero tal vez estos escasos indicios puedan cobrar mayor sentido si los valoramos, al menos por el momento, desde una perspectiva más lejana, como hitos de un proceso que hemos ido siguiendo a lo largo del Mediterráneo, con presencias y con discontinuidades, y que encontrará nuevo apoyo en la mitad meridional de la fachada atlántica peninsular. Gutiérrez, Prieto y Ruiz (1996, 628 y 632) destacan como principal aportación de su estudio del yacimiento al aire libre de Esperilla (Espera, Cádiz) el «asociar este emergente Neolítico al aire libre con la facies de la cerámica cardial, aportando las bases iniciales para el debate y puesta en tela de juicio del neolítico autóctono con cerámicas a la almagra». Y es que, en efecto, las nuevas investigaciones en Cádiz, Sevilla y Málaga, «han aportado un nutrido elenco de yacimientos neolíticos al aire libre en áreas litorales de la Banda Atlántica gaditana, campiña de Jerez y Arcos de la Frontera y en zonas de piedemonte y valles del Subbético de Cádiz y Málaga, algunos caracterizados por sus cerámicas cardiales, entre los que se encuentra el asentamiento de Esperilla» (ibíd.). Se trataría de nuevos yacimientos que vendrían a soportar la hipótesis de «la introducción de la economía productora ligada a la cerámica cardial, y recordamos que ésta se encuentra en la base de las estratigrafías de Dehesilla, Parralejo y Nerja» (ibíd.). Y añadiríamos que ello siempre desde la perspectiva del modelo más general de la «ola de avance», con su consiguiente gradación cronológica.

4.3. *Portugal*

La parte central y meridional de la fachada atlántica peninsular, desde Figueira da Foz, en la desembocadura del río Mondego, hasta la Ponta de Sagres, ofrece los últimos hallazgos de cerámicas impresas cardiales, de nuevo con su característica distribución costera, que se relacionan con la difusión marítima del Neolítico antiguo desde el ámbito mediterráneo. La existencia de cerámicas cardiales era conocida aquí desde los primeros estudios relativos a sus áreas de distribución, pero la valoración del primer Neolítico estaba condicionada por la escasez de los hallazgos y por la imprecisión de los contextos; por el contrario, las pioneras excavaciones en los concheros de Muge, en el valle del Tajo, habían convertido al territorio portugués en una de las áreas donde mejor se documentaba el poblamiento epipaleolítico.



Figura 8. Yacimientos mesolíticos y neolíticos del centro y sur de Portugal. Según Zilhão (1992).

La importancia de los concheros epipaleolíticos para el estudio del proceso de neolitización resultaba evidente, al comprobarse la aparición de cerámicas, siempre escasas, junto a la industria lítica geométrica. Además, las analogías entre Moita do Sebastião y Cocina I, o Cabeço de Amoreira y Cocina II, mostraban que la evolución industrial epipaleolítica tenía un desarrollo paralelo en ambos lados de la Península. Sin embargo, a la hora de establecer comparaciones más detalladas entre una y otra parte, faltaba en el occidente peninsular aquel conjunto de yacimientos neolíticos con gran riqueza de cerámicas impresas cardiales que sí existían en Cataluña, País Valenciano, Andalucía o Aragón, siguiendo en esta enumeración geográfica el orden cronológico en el que aquellos yacimientos del Neolítico puro fueron conociéndose. Había, sí, evidencias del Neolítico antiguo, pero no parecía tratarse de un foco del que partirían las influencias para la neolitización del substrato.

Los trabajos desarrollados en los últimos años han modificado este panorama. En primer lugar, se ha avanzado considerablemente en el conocimiento del Epipaleolítico, destacando los análisis antropológicos de los enterramientos anteriormente descubiertos en los concheros del río Muge o las nuevas excavaciones de los concheros del valle del río Sado. Los análisis de los esqueletos de Muge sugieren una dieta equilibrada entre los recursos terrestres y acuáticos, y parece tratarse de una ocupación permanente en la que el poblamiento epipaleolítico busca aprovechar sobre todo los estuarios interiores de los ríos. Las dataciones absolutas, como las de Moita do Sebastião y Cabeço da Arruda, indican que el establecimiento de este modo de vida se produciría hacia el 6200 a.C. y terminaría hacia el 5200 a.C., aunque la ocupación de estos concheros parece continuar con posterioridad a los últimos enterramientos datados. El panorama se repite en las tierras más meridionales, como en el conjunto de concheros del estuario del río Sado y, aun más al sur, en los de Vidigal o de Fiais, éste último ya en el estuario del río Mira. En los concheros del Sado, al igual que en los de Muge, la zona ocupada corresponde a la parte más interior del estuario en los inicios del periodo Atlántico, pero sus ocupantes no sólo aprovechaban los recursos inmediatos, sino que también pescaban en el mar y, en algunos yacimientos como el de Cabeço do Pez, estas actividades se complementaban con la caza de mamíferos silvestres. Se comprueba, pues, una mayor variabilidad entre los yacimientos, que ha sido interpretada en términos de campamento base y campamentos especializados en la obtención de determinados recursos. La formación de estos concheros se sitúa ya entre el 5800 y el 4900 a.C., y en algunos de ellos, como en el de Cabeço do Pez, la cerámica impresa no cardinal aparecía por encima de los niveles de

conchero; o se encontraban algunos fragmentos en el interior del propio conchero, como en Amoreiras.

En segundo lugar, y por lo que se refiere a los yacimientos que podrían considerarse propiamente neolíticos, las novedades a destacar serían la constatación de su creciente importancia y las hipótesis sobre su propio territorio, es decir, la excavación y estudio de nuevas secuencias estratigráficas, como la de la Gruta do Caldeirão, y la interpretación de su propia situación geográfica como una elección que tiende a evitar las zonas ocupadas por los concheros del Tajo, el Sado y el Mira. Ya en su primera revisión, Guilaine y Ferreira (1970) concluyeron que en Portugal, como en el resto del Mediterráneo occidental, existía un Neolítico antiguo caracterizado por la cerámica cardial, presente en la estación al aire libre de Ponta de Sagres, en la Gruta do Escoural (Montemor o Novo), en el vaso con decoración cardial procedente de los alrededores de Santarem, Gruta III do Cabeço da Ministra (Alcobaça), Gruta da Eira Pedrinha (Condeixa) y, sobre todo, en la zona de Figueira da Foz: Junqueira (Brenha), Forno da Cal (Soure), Várzea do Lírio (Pinhal do Reverendo Margato) y otros. Hallazgos que han continuado incrementándose paulatinamente, como es el caso de los yacimientos al aire libre estudiados en el Alentejo litoral y en el Algarve, cuyo material revela un horizonte cardial pobre, junto a cerámicas impresas no cardiales y de otros tipos. Destacaremos en este punto el estudio de los yacimientos del área de Sines, como Vale Pincel, Vale Vistoso y Salema, que han conducido en ocasiones a postular la existencia de una tradición cultural distinta pero sincrónica de la cardial (Silva y Soares, 1981). Y también, teniendo en cuenta la proximidad de este grupo al conjunto de concheros mesolíticos del estuario del Sado, Arnaud (1990) los ha tomado como base para plantear distintos modelos, bien suponiendo que estos yacimientos del área de Sines pertenecerían al mismo territorio que los epipaleolíticos del Sado, representando la adopción progresiva del modo de vida agro-pastoril; o bien, relacionándolos con la colonización por vía marítima de pequeños grupos que portarían la nueva economía agrícola.

El aumento de la documentación sobre el Neolítico ha sido especialmente importante en la región central, como en el área de Rio Maior, con el abrigo de Bocas y el Alto das Bocas, y la Gruta do Caldeirão (Tomar), cuya secuencia y enseñanzas sobre el Neolítico de la mitad meridional de la fachada atlántica han sido abordadas por Zilhão (1992 y 1993). En Caldeirão se establecen cuatro horizontes: Magdaleniense, horizonte de ocupación del Neolítico antiguo cardial, Neolítico antiguo epicardial y Neolítico medio. Las dataciones indican que los enterramientos del Neolítico antiguo cardial tuvieron lugar entre 5348-5231 cal BC, y que tal

vez hubo un episodio anterior en 5970-5570 cal BC. Durante el Neolítico antiguo la cueva parece haber sido utilizada principalmente como lugar de enterramiento, aunque la presencia de algunos huesos de animales sugiere que pudo servir de refugio ocasional, desconociéndose el asentamiento que correspondería a la gente que lo frecuentó. Y el análisis de los huesos humanos señala una dieta carente de recursos acuáticos, en contraste con lo que sucede en el Mesolítico de la región, indicio de que posiblemente se trata de una comunidad con economía agrícola. De este modo, pues, los resultados de Caldeirão, junto a los de otras estaciones como los asentamientos al aire libre, antes mencionados, de Figueira da Foz, sugieren que el primer Neolítico de la región central portuguesa se caracteriza por la presencia de la cerámica cardial asociada desde el principio a un sistema económico agrícola-pastoril. Su cronología inicial podría situarse alrededor del 5600 a.C. en la parte norte de Estremadura, en las zonas calizas alrededor de Figueira da Foz, Tomar y Torres Novas. Éste podría haber sido un territorio marginal para los grupos epipaleolíticos que vivían en el estuario del Tajo, de los cuales estos primeros neolíticos parecen haber sido contemporáneos al menos en parte. De modo, pues, que el primer Neolítico ocuparía los espacios intermedios entre las poblaciones cazadoras-recolectoras de los estuarios del Tajo, Sado y Mira, que a su vez continuarían explotando sus nichos ecológicos tradicionales durante algunos siglos hasta iniciar su proceso de neolitización.

Así pues, también en el occidente peninsular la imagen dominante vuelve a ser, como en las otras zonas periféricas a las que nos hemos acercado, la de la dualidad. Un idéntico substrato que se integra en el Epipaleolítico geométrico y un mismo Neolítico inicial representado por los grupos portadores de la cerámica cardial. Y, como consecuencia, la dualidad de quienes en su expansión aportan una nueva manera de vida y quienes han desarrollado una adaptación fructífera al medio en el que viven e intentan permanecer en ella o ir incorporándose a aquella otra. La dualidad, también y finalmente, de los espacios amplios que separan a aquellos grupos pequeños, hasta el tiempo de su convergencia.

Hemos seguido en esta exposición acabada en territorio portugués el camino habitual desde el oriente al occidente. Una breve recapitulación final debe recordar que, en efecto, hablar de dualidad y de expansión de los grupos humanos requiere precisar el punto inicial y el camino de la difusión neolítica: ¿hemos de pensar en un proceso general norte-sur para el Mediterráneo peninsular, con el punto de partida en los Pirineos, tal como han apuntado Bertranpetit y Cavalli-Sforza (1991), lo que haría difícil explicar las discontinuidades?; ¿existe un componente costero, relacionado con la navegación, que privilegiaría las zonas próximas al mar y

los ríos como camino de penetración hacia el interior, y del que serían hitos iniciales de cada territorio las cuevas inmediatas al mar, como el núcleo alicantino que representan la Cova de les Cendres, Cova del Montgó (Xàbia, Alicante) y Cova de Bolumini (Beniarbeig-Benimeli, Alicante)?; ¿sucedería lo mismo en el núcleo catalán, en Andalucía occidental, en la mitad meridional de Portugal?; ¿partiendo de la costa, son los ríos los caminos de la expansión?; ¿es posible una lectura territorial del proceso de neolitización, como ha propuesto Bernabeu (1996), que tendría el hilo conductor en las tierras y las condiciones medioambientales más convenientes para la agricultura inicial? Hoy por hoy, las respuestas a estas cuestiones tienen la forma de nuevas hipótesis, como las que se refieren al peso demográfico de los recién llegados, tal vez muy reducido; a que el camino de propagación no hubo de ser necesariamente un continuo de norte a sur y de este a oeste, sino tener discontinuidades y penetraciones profundas; a que estos grupos pioneros ocupan las cuevas y abrigos que son seguras y adecuadas para su justo potencial demográfico y que, por eso mismo, tal vez no sería al principio tan importante el hábitat de poblados estables; o, también, a que dichos grupos se establecen entre una población epipaleolítica asimismo de baja demografía y amplios territorios. Lo que sí resulta evidente ya a estas alturas es que durante un cierto periodo de tiempo coexisten, en áreas separadas y bien delimitadas, agricultores-pastores y cazadores-recolectores, dos sistemas de explotación del territorio que parecen incompatibles. Dos sistemas que, como hemos visto, pueden concretarse internamente en distintas facies funcionales. Pero las fronteras estarán destinadas a disolverse e, inevitablemente, el territorio de la total homogeneización crecerá, puede que ahora sí, sobre aquellas tierras que mejor favorecen la expansión de la agricultura.

BIBLIOGRAFÍA

- ACOSTA, P., 1986: «El Neolítico en Andalucía occidental. Estado actual». En *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de BB.AA., Madrid, pp. 136-151.
- ACOSTA, P. y PELLICER, M., 1990: *La Cueva de la Dehesilla (Jerez de la Frontera). Las primeras civilizaciones productoras en Andalucía occidental*. CSIC-CECEL y Sociedad/Centro de Estudios Históricos Jerezanos, Jerez, 135 p.
- ALCALDE, G.; BOSCH, A. y BUXÓ, R., 1992: «L'assentament neolític a l'aire lliure de Plansallosa (la Garrotxa)». *Cypselà*, IX (1991), Girona, pp. 49-63.
- AMMERMAN, A.J. y CAVALLI-SFORZA, L.L., 1971: «Measuring the rate of spread of early farming in Europe». *Man*, 6, pp. 674-688.
- AMMERMAN, A.J. y CAVALLI-SFORZA, L.L., 1973: «A population model for the diffusion of early farming in Europe». En Renfrew, C., ed.: *The Explanation of Culture Change: Models in Prehistory*. Meeting of the Research Seminar in Archaeology and Related Subjects (University of Sheffield). Gloucester Crescend, Duckworth, pp. 343-357.

- AMMERMAN, A.J. y CAVALLI-SFORZA, L.L., 1984: *The Neolithic Transition and The Genetics of Populations in Europe*. Princeton University Press, Princeton, 176 p.
- APARICIO, J., 1975: «Los yacimientos prehistóricos de la Albufera de Anna (Valencia)». *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973)*, Zaragoza, pp. 191-198.
- APARICIO, J., 1990: «El Collado (Oliva, la Safor)». En *Excavacions arqueològiques de salvament a la Comunitat Valenciana (1984-1988). II. Intervencions rurals*. Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana, València, pp. 163-166.
- ARIAS, P., 1996: «Los concheros con cerámica de la costa cantábrica y la neolitización del norte de la península Ibérica». En Moure, A., ed.: *'El Hombre Fósil' 80 años después*. Universidad de Cantabria, Santander, pp. 391-415
- ARIAS, P., 1997: *Marisqueros y agricultores: Los orígenes del Neolítico en la fachada atlántica europea*. Universidad de Cantabria, Santander, 106 p.
- ARNAUD, J.E. Morais, 1990: «Le substrat mésolithique et le processus de néolithisation dans le sud du Portugal». En Cahen, D. y Otte, M., eds.: *Rubané et cardial*. Actes du Colloque de Liège (1988). Service de Préhistoire de l'Université de Liège (ERAUL, 39), Liège, pp. 437-446.
- ASQUERINO, M.D., 1985: «Materiales líticos de 'La Fuente del Carmen' (Zuheros, Córdoba)». *Ifigea*, II, Córdoba, pp. 29-52.
- ASQUERINO, M.D., 1986: «La 'Fuente de las Palomas' (Carcabuey): nueva estación epipaleolítica en el sur de Córdoba». *Estudios de Prehistoria Cordobesa*, 1, Córdoba, pp. 21-37.
- ASQUERINO, M.D., 1987a: «'El Olivar de las Patudas', yacimiento epipaleolítico en el Norte de Córdoba». *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 112, Córdoba, pp. 119-129.
- ASQUERINO, M.D., 1987b: «Estado actual de la investigación sobre el Epipaleolítico en la provincia de Córdoba». *Estudios de Prehistoria Cordobesa*, 3, Córdoba, pp. 27-51.
- ASQUERINO, M.D., 1988: «'Fuente del Pez-Fuente Migas', yacimiento epipaleolítico en Montilla». *Estudios de Prehistoria Cordobesa*, 4, Córdoba, pp. 69-88.
- ASQUERINO, M.D., 1992: «Epipaleolítico y Neolítico en el Alto Guadalquivir». En *I Jornadas Históricas del Alto Guadalquivir: La Prehistoria*. Quesada, pp. 33-52.
- ASQUERINO, M.D. y LÓPEZ, P., 1981: «La Cueva del Nacimiento (Pontones): un yacimiento neolítico en la sierra del Segura». *Trabajos de Prehistoria*, 38, Madrid, pp. 109-133.
- AURA, J.E., 1984: «Las sociedades cazadoras y recolectoras: Paleolítico y epipaleolítico en Alcoy». En *Alcoy. Prehistoria y Arqueología. Cien años de investigación*. Ayuntamiento de Alcoy-Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alcoy, pp. 133-155.
- AURA, J.E. y PÉREZ RIPOLL, M., 1992: «Tardiglaciario y postglaciario en la región mediterránea de la Península Ibérica (13.500-8.500 BP): Transformaciones industriales y económicas». *Saguntum-PLAV*, 25, Valencia, pp. 25-47.
- AURA, J.E. y PÉREZ RIPOLL, M., 1995: «El holoceno inicial en el Mediterráneo español (11.000-7.000 BP). Características culturales y económicas». En Villaverde, V., ed.: *Los últimos cazadores. Transformaciones culturales y económicas durante el tardiglaciario y el inicio del holoceno en el ámbito mediterráneo*. Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante, pp. 119-146.
- BADAL, E.; BERNABEU, J.; BUXÓ, R.; DUPRÉ, M.; FUMANAL, M.P.; GUILLEM, P.; MARTÍNEZ VALLE, R.; RODRIGO, M.J. y VILLAVARDE, V., 1991: «La Cova de les Cendres (Moraira, Teulada)». En *Medios sedimentarios, cambios ambientales y hábitat humano*. VIII Reunión Nacional sobre Cuaternario (Valencia, 1991), Guía de las Excursiones. Depts. de Geografía i de Prehistòria i Arqueologia de la Universitat de València y Servei d'Investigació Prehistòrica de la Diputació de València, València, pp. 23-49.
- BALDELLOU, V., 1994: «Algunos comentarios sobre el Neolítico en Aragón». *Bolskan*, 11, Huesca, pp. 33-51.
- BARANDIARÁN, I., 1978: «El abrigo de la Botiquería dels Moros. Mazaleón (Teruel). Excavaciones arqueológicas de 1974». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 5, Castellón de la Plana, pp. 49-138.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A., 1985: «Las industrias líticas del Epipaleolítico y del Neolítico en el Bajo Aragón». *Bajo Aragón. Prehistoria*, V, Caspe, pp. 49-85.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A., 1989: *La ocupación prehistórica del abrigo de Costalena (Maella, Zaragoza)*. Diputación General de Aragón (Colección Arqueología y Paleontología, 6), Zaragoza, 164 p.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A., 1992: «Caracteres industriales del Epipaleolítico y el Neolítico en Aragón: su referencia a los yacimientos levantinos». En Utrilla, P., coord.: *Aragón/litoral*

- mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Encuentro de homenaje a Juan Maluquer de Motes (Zaragoza, 1990). Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 181-198.
- BENAVENTE, J.A. y ANDRÉS, M.T., 1989: «El yacimiento neolítico de Alonso Norte (Alcañiz, Teruel). Memoria de las prospecciones y excavaciones arqueológicas de 1984-85». *Al-Qannis*, 1, Alcañiz, pp. 2-58.
- BENAVENTE, J.A.; NAVARRO, C.; PONZ, J.L. y VILLANUEVA, J.C., 1991: «El poblamiento antiguo del área endorreica de Alcañiz (Teruel)». *Al-Qannis*, 2, Alcañiz, pp. 36-92.
- BERGADÀ, M.M., 1997: «Actividad antrópica registrada en algunas secuencias arqueológicas en cueva del Neolítico antiguo catalán a través del análisis micromorfológico». *Trabajos de Prehistoria*, 54 (2), Madrid, pp. 151-162.
- BERNABEU, J., 1989: *La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la Península Ibérica*. Servicio de Investigación Prehistórica (Serie Trabajos Varios, 86), Valencia, 158 p.
- BERNABEU, J., 1995: «Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. El País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce». En Enguix, R.; Llorens, M.M. y Vento, E., coords.: *Actes de les Jornades d'Arqueologia (Alfàs del Pi, 1994)*. Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana, València, pp. 37-60.
- BERNABEU, J., 1996: «Indigenismo y migracionismo. Aspectos de la neolitización en la fachada oriental de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 53 (2), Madrid, pp. 37-54.
- BERNABEU, J. y MARTÍ, B., 1992: «El País Valenciano de la aparición del Neolítico al Horizonte Campaniforme». En Utrilla, P., coord.: *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Encuentro de homenaje a Juan Maluquer de Motes (Zaragoza, 1990). Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 213-234.
- BERNABEU, J.; AURA, J.E. y BADAL, E., 1993: *Al oeste del Eón. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa mediterránea*. Editorial Síntesis, Madrid, 336 p.
- BERTRANPETIT, J. y CAVALLI-SFORZA, L.L., 1991: «A genetic reconstruction of the history of the population of the Iberian Peninsula». *Annals of Human Genetics*, 55, pp. 51-67.
- BIAGI, P., ed., 1990: *The neolithisation of the Alpine region*. International Round Table (Brescia, 1988). Museo Civico di Scienze Naturali di Brescia (Monografie di «Natura Bresciana», 13), Brescia, 235 p.
- BINDER, D., dir., 1991: *Une économie de chasse au Néolithique ancien. La grotte Lombard à Saint-Vallier-de-Thiery (Alpes-Maritimes)*. Éditions du CNRS (Monographie du CRA n° 5), Paris, 243 p.
- BOSCH, A.; BUCH, M.; BUXÓ, R.; CASADEVALL, J.; MATEU J.; PALOMO, T. y TABERNEIRO, E., 1997: «El yacimiento de Plansallosa (Tortellà, Garrotxa)». *Tribuna d'Arqueologia*, 1995-1996, Barcelona, pp. 61-75.
- BROCHIER, J.-É., 1991: «Géoarchéologie du monde agropastoral». En Guilaine, J., dir.: *Pour une Archéologie agraire*. Armand Colin Éditeur, Paris, pp. 303-322.
- CACHO, C.; FUMANAL, M.P.; LÓPEZ, P.; LÓPEZ, J.A.; PÉREZ RIPOLL, M.; MARTÍNEZ VALLE, R.; UZQUIANO, P.; ARNANZ, A.; SÁNCHEZ MARCO, A.; SEVILLA, P.; MORALES, A.; ROSELLÓ, E.; GARRALDA, M.D. y GARCÍA CARRILLO, M., 1995: «El Tossal de la Roca (Vall d'Alcalà, Alicante). Reconstrucción paleoambiental y cultural de la transición del tardiglaciario al holoceno inicial». *Recerques del Museu d'Alcoi*, 4, Alcoi, pp. 11-101.
- CAHEN, D. y OTTE, M., eds., 1990: *Rubané et cardial*. Actes du Colloque de Liège (1988). Service de Préhistoire de l'Université de Liège (ERAUL, 39), Liège, 464 p.
- CASABÓ, J. y ROVIRA, M.L., 1987-88: «El Paleolítico superior y Epipaleolítico microlaminar en Castellón. Estado actual de la cuestión». *Saguntum-PLAV*, 21, Valencia, pp. 47-107.
- CAVA, A., 1994: «El Mesolítico en la Cuenca del Ebro. Un estado de la cuestión». *Zephyrus*, XLVII, Salamanca, pp. 65-91.
- DAVIDSON, I., 1989: «Escaped domestic animals and the introduction of agriculture to Spain». En Clutton-Brock, J., ed.: *The Walking Larder. Patterns of Domestication, Pastoralism and Predation*. Unwin Hyman, London, pp. 59-71.
- FERNÁNDEZ CARO, J.J. y GAVILÁN, B., 1995: «Yacimientos neolíticos en el río Corbones (Sevilla)». *Spal*, 4, Sevilla, pp. 25-67.
- FERNÁNDEZ ERASO, J., 1997: *Excavaciones en el abrigo de Peña Larga (Cripán, Álava)*. Diputación Foral de Álava (Memorias de yacimientos alaveses, 4), Vitoria, 190 p.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ DE PABLO, J., 1997: «El poblamiento durante el Holoceno inicial en Villena (Alicante): algunas consideraciones». En *Agua y territorio*. I Congreso de Estudios del

- Vinalopó (Petrer-Villena, 1997). Centre d'Estudis Locals de Petrer y Fundación «José María Soler» de Villena, Petrer y Villena, pp. 103-122.
- FLETCHER, D., 1956: «La doble faceta del Neolítico hispano-mauritano en la Región Valenciana». *IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954)*. Zaragoza, pp. 415-417.
- FORTEA, F.J., 1973: *Los Complejos Microlaminares y Geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Universidad de Salamanca (Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, 4), Salamanca, 545 p.
- FORTEA, F.J., 1975: «Tipología, hábitat y cronología relativa del Estany Gran de Almenara». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 2, Castellón de la Plana, pp. 22-38.
- FORTEA, F.J., 1986: «El Paleolítico superior y Epipaleolítico en Andalucía. Estado de la cuestión cincuenta años después». En *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de BB.AA., Madrid, pp. 67-78.
- FORTEA, F.J. y AURA, J.E., 1987: «Una escena de vareo en La Sarga (Alcoy). Aportaciones a los problemas del arte levantino». *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVII, Valencia, pp. 97-120.
- FORTEA, F.J. y MARTÍ, B., 1984-85: «Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español». *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca, pp. 167-199.
- FORTEA, F.J.; MARTÍ, B.; FUMANAL, M.P.; DUPRÉ, M. y PÉREZ RIPOLL, M., 1987: «Epipaleolítico y neolitización en la zona oriental de la Península Ibérica». En Guilaine, J.; Courtin, J.; Roudil, J.-L. y Vernet, J.-L., dirs.: *Premières Communautés Paysannes en Méditerranée Occidentale*. Actes du Colloque International du CNRS (Montpellier, 1983). Éditions du CNRS, Paris, pp. 581-591.
- FULLOLA J.M.; GARCÍA-ARGÜELLES, P. y CEBRIÀ, A., 1987: «El abrigo del Filador y el proceso de neolitización en el valle del Montsant (Tarragona, Cataluña, España)». En Guilaine, J.; Courtin, J.; Roudil, J.-L. y Vernet, J.-L., dirs.: *Premières Communautés Paysannes en Méditerranée Occidentale*. Actes du Colloque International du CNRS (Montpellier, 1983). Éditions du CNRS, Paris, pp. 599-606.
- GALLAY, A., 1994: «A propos de travaux récents sur la néolithisation de l'Europe de l'Ouest». *L'Anthropologie*, 98 (4), Paris, pp. 576-588.
- GARCÍA-ARGÜELLES, P.; ADSERIAS, M.; BARTROLI, R.; BERGADÀ, M.M.; CEBRIÀ, A.; DOCE, R.; FULLOLA, J.M.; NADAL, J.; RIBÉ, G.; RODÓN T. y VIÑAS, R., 1992: «Síntesis de los primeros resultados del programa sobre epipaleolítico en la Cataluña central y meridional». En Utrilla, P., coord.: *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Encuentro de homenaje a Juan Malquer de Motes (Zaragoza, 1990). Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 269-284.
- GAVILÁN, B., 1987a: «El yacimiento epipaleolítico de Los Llanos de Jarcas (Cabra, Córdoba)». *Estudios de Prehistoria Cordobesa*, 2, Córdoba, pp. 7-27.
- GAVILÁN, B., 1987b: *El Neolítico en el sur de Córdoba. Análisis sistemático de las primeras culturas productoras*. Universidad de Córdoba (Anexos de Estudios de Prehistoria Cordobesa), Córdoba, 2 vols., 823 p. y figs.
- GAVILÁN, B., 1991a: «Análisis macroespacial de ocho yacimientos neolíticos en cueva de la subbética cordobesa: Una contribución al estudio de la explotación de recursos durante la Prehistoria». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 18, Madrid, pp. 35-53.
- GAVILÁN, B., 1991b: «Avance preliminar sobre la excavación arqueológica de urgencia en la 'cueva de los Murciélagos' de Zuheros (Córdoba)». *Antiquitas*, 2, Priego de Córdoba, pp. 17-25.
- GAVILÁN, B. y VERA, J.C., 1997: «Nuevos datos sobre los patrones de poblamiento neolítico y calcolítico al aire libre en el piedemonte de las sierras subbéticas». *Antiquitas*, 8, Priego de Córdoba, pp. 5-22.
- GAVILÁN, B.; VERA, J.C.; PEÑA, L. y MAS, M., 1996: «El V y el IV milenios en Andalucía central: la cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba). Recientes aportaciones». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Vol. 1. Museu de Gavà («Rubricatum», 1), Gavà, pp. 323-327.
- GILES, F.; GUTIERREZ, J.M.; SANTIAGO, A. y MATA, E., 1997: «Avance al estudio sobre poblamiento del Paleolítico superior en la cuenca media y alta del río Guadalete (Cádiz)». *Boletín del Museo de Cádiz*, VII (1995-1996), Cádiz, pp. 37-62.
- GUILAINE, J., 1997: «La Méditerranée et l'Atlantique. Influx, symétries, divergences au fil du Néolithique». En Rodríguez, A.A., ed.: *O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalítico*.

- Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1996). Universidade de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, pp. 23-42.
- GUILAINE, J. y FERREIRA, O. da Veiga, 1970: «Le Néolithique ancien au Portugal». *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 76, Paris, pp. 304-322.
- GUSI, F. y OLARIA C., 1979: «El yacimiento prehistórico de Can Ballester (Vall d'Uixó, Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 6, Castellón de la Plana, pp. 39-95.
- GUTIÉRREZ, J.M.; PRIETO, M.C. y RUIZ, J.A., 1996: «Yacimientos neolíticos al aire libre con cardiales: El asentamiento de Esperilla (Espera, Cádiz). Propuesta de otro modelo de neolitización para andalucía occidental». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Vol. 2. Museu de Gavà («Rubricatum», 1), Gavà, pp. 627-638.
- HERNÁNDEZ, M.S., 1995: «Arte rupestre en el País Valenciano: Bases para un debate». En Enguix, R.; Llorens, M.M. y Vento, E., coords.: *Actes de les Jornades d'Arqueologia (Alfàs del Pi, 1994)*. Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana, València, pp. 89-118.
- HERNÁNDEZ, M.S. y MARTÍ, B., e.p.: «Art rupestre et processus de néolithisation dans la façade orientale de la Péninsule Ibérique». En *Les civilisations méditerranéennes. Colloque 2: Le néolithique du nord-ouest méditerranéen*. XXIVème Congrès Préhistorique de France (Carcassonne, 1994).
- HERNÁNDEZ, M.S.; FERRER, P. y CATALÁ, E., 1988: *Arte rupestre en Alicante*. Fundación Banco Exterior y Banco de Alicante-Grupo Banco Exterior, Alicante, 312 p.
- IBÁÑEZ J.J. y GONZÁLEZ, J.F., 1996: «El uso de los útiles en sílex de los niveles neolíticos de la cueva de 'los Murciélagos' (Zuheros, Córdoba). Primeros resultados». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Vol. 1. Museu de Gavà («Rubricatum», 1), Gavà, pp. 169-176.
- JUAN-CABANILLES, J., 1985: «El complejo epipaleolítico geométrico (facies Cocina) y sus relaciones con el Neolítico antiguo». *Saguntum-PLAV*, 19, Valencia, pp. 9-30.
- JUAN-CABANILLES, J., 1990: «Substrat épipaléolithique et néolithisation en Espagne: Apport des industries lithiques à l'identification des traditions culturelles». En Cahen, D. y Otte, M., eds.: *Rubané et cardial*. Actes du Colloque de Liège (1988). Service de Préhistoire de l'Université de Liège (ERAUL, 39), Liège, pp. 417-435.
- JUAN-CABANILLES, J., 1992: «La neolitización de la vertiente mediterránea peninsular. Modelos y problemas». En Utrilla, P., coord.: *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Encuentro de homenaje a Juan Maluquer de Motes (Zaragoza, 1990). Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 255-268.
- MARTÍ, B., 1982: «Neolitización y Neolítico antiguo en la zona oriental de la Península Ibérica». En *Le Néolithique ancien méditerranéen*. Actes du Colloque International de Préhistoire (Montpellier, 1981). Fédération Archéologique de l'Hérault («Archéologie en Languedoc», n° spécial), Sète, pp. 97-106.
- MARTÍ, B., 1985: «Los estudios sobre el Neolítico en el País Valenciano y áreas próximas: Historia de la investigación, estado actual de los problemas y perspectivas». En *Arqueología del país Valenciano: Panorama y perspectivas*. Actas de las Jornadas de Arqueología (Elche, 1983). Universidad de Alicante (Anejo de la revista *Lycetvm*), Alicante, pp. 53-84.
- MARTÍ, B. y HERNÁNDEZ, M.S., 1988: *El Neolític valencià. Art rupestre i cultura material*. Servei d'Investigació Prehistòrica, València, 114 p.
- MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J., 1987: *El Neolític valencià. Els primers agricultors i ramaders*. Servei d'Investigació Prehistòrica, València, 146 p.
- MARTÍ, B. y JUAN-CABANILLES, J., e.p.: «Dualitat cultural i territorialitat en el Neolític valencià». En *Homenatge a Enric Llobregat Conesa*. Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante.
- MARTÍ, B.; JUAN-CABANILLES, J. y BERNABEU, J., 1991: «El Neolític de l'Est i el Sud peninsular». *Cota Zero*, 7, Vic, pp. 58-67.
- MARTÍ, B.; PASCUAL, V.; GALLART, M.D.; LÓPEZ, P.; PÉREZ RIPOLL, M.; ACUÑA, J.D. y ROBLES, F., 1980: *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)*. Vol. II. Servicio de Investigación Prehistórica (Serie Trabajos Varios, 65), Valencia, 298 p.
- MARTÍN, A. y ESTÉVEZ, J., 1992: «Funció de la Cova del Frare de Sant Llorenç del Munt (Matadepera, Barcelona) al Neolític antic, en relació a la ramaderia». En Cura-Morera, M., dir.: *Estat de la investigació sobre el Neolític a Catalunya*. 9è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà (1991). Publicacions de l'Institut d'Estudis Ceretans (núm. 17), Andorra, pp. 105-108.

- MARTÍNEZ ANDREU, M., 1983: «Aproximación al estudio del Epipaleolítico en la Región de Murcia». *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982)*. Zaragoza, pp. 39-52.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G., 1985: *Análisis tecnológico y tipológico de las industrias de piedra tallada del Neolítico, la Edad del Cobre y la Edad del Bronce de la Alta Andalucía y el Sudeste*. Tesis doctoral, Universidad de Granada (inédita).
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, G. y AGUAYO, P., 1984: «El Duende (Ronda), yacimiento epipaleolítico al aire libre». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 9, Granada, pp. 9-38.
- MARTÍNEZ SÁNCHEZ, C., 1988: «El Neolítico en Murcia». En López, P., coord.: *El Neolítico en España*. Ed. Cátedra, Madrid, pp. 167-194.
- MAZO, C. y MONTES, L., 1992: «La transición epipaleolítico-neolítico antiguo en el abrigo de El Pontet (Maella, Zaragoza)». En Utrilla, P., coord.: *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Encuentro de homenaje a Juan Maluquer de Motes (Zaragoza, 1990). Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 243-254.
- MESADO, N.; FUMANAL, P. y BORDAS, V., 1997: «Estudio paleoambiental de la Cova de les Bruixes (Rosell, Castelló). Resultados preliminares». *Cuaternario y Geomorfología*, 11 (3-4), Madrid, pp. 93-111.
- MESTRES, J., 1992: «Neolitització i territori». En Cura-Morera, M., dir.: *Estat de la investigació sobre el Neolític a Catalunya*. 9è Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà (1991). Publicacions de l'Institut d'Estudis Ceretans (núm. 17), Andorra, pp. 72-75.
- MIRÓ, J.M. y BOSCH, J., 1990: «El procés de neolitització a Catalunya. Proposta de desenvolupament de la Teoria de l'Aculturació». En Anfruns, J. y Llobet, E., eds.: *El canvi cultural a la Prehistòria*. Columna, Barcelona, pp. 295-330.
- MUNOZ, A.M., 1987: «Problemas metodológicos del Neolítico en el Sudeste de España». En Guilaine, J.; Courtin, J.; Roudil, J.-L. y Vernet, J.-L., dirs.: *Premières Communautés Paysannes en Méditerranée Occidentale*. Actes du Colloque International du CNRS (Montpellier, 1983). Éditions du CNRS, Paris, pp. 627-633.
- OLARIA, C., 1995: «La problemática cronológica del proceso de neolitización en el País Valenciano: Una hipótesis de periodización». *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 16, Castelló de la Plana, pp. 19-38.
- OLARIA, C. y GUSI, F., 1987-88: «El asentamiento neolítico del Cingle del Mas Nou (Ares del Maestrat, Castellón)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 13, Castellón de la Plana, pp. 95-159.
- OLARIA, C.; GUSI, F.; ESTÉVEZ, J.; ALCALDE, G.; PARRA, I.; ESTEBAN, A.; CEBRIÀ, A.; YLL, R.; MORELL, I.; GARAY, P.; SANFELIU, T.; OLLER, J.; BALLBÉ, X. y VILLATE, E., 1988: *Cova Fosca. Un asentamiento meso-neolítico de cazadores y pastores en la serranía del Alto Maestrazgo*. Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques (núm. 3), Castelló de la Plana, 424 p.
- PALLARÉS, M.; BORDAS, A. y MORA, R.: 1977: «El proceso de neolitización en los Pirineos orientales. Un modelo de continuidad entre los cazadores-recolectores y los primeros grupos agropastoriles». *Trabajos de Prehistoria*, 54 (1), Madrid, pp. 121-141.
- PELLICER, M., 1987: «El Neolítico de la Cueva de Nerja». En Guilaine, J.; Courtin, J.; Roudil, J.-L. y Vernet, J.-L., dirs.: *Premières Communautés Paysannes en Méditerranée Occidentale*. Actes du Colloque International du CNRS (Montpellier, 1983). Éditions du CNRS, Paris, pp. 639-643.
- PELLICER, M., 1992: «Una visión sintética de la prehistoria de Andalucía: Neolítico-Bronce reciente». *Spal*, 1, Sevilla, pp. 99-105.
- PELLICER, M. y ACOSTA, P., 1982: «El Neolítico antiguo en Andalucía occidental». En *Le Néolithique ancien méditerranéen*. Actes du Colloque International de Préhistoire (Montpellier, 1981). Fédération Archéologique de l'Hérault («Archéologie en Languedoc», n° spécial), Sète, pp. 49-60.
- PÉREZ RIPOLL, M., 1992: *Marcas de carnicería, fracturas intencionales y mordeduras de carnívoros en huesos prehistóricos del mediterráneo español*. Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert», Alicante, 269 p.
- PETIT, M.A., ed., 1996: *El procés de neolitització a la vall del Segre. La Cova del Parco (Alòs de Balaguer, la Noguera). Estudi de les ocupacions humanes del Vè al III mil·lenni aC*. Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques, Universitat de Barcelona (Monografies del SERP, 1), Barcelona, 69 p.
- RAMOS MUÑOZ, J., 1988-89: «Las industrias líticas del Neolítico en Andalucía, sus implicaciones espaciales y económicas». *Zephyrus*, XLI-XLII, Salamanca, pp. 113-148.

- RAMOS MUÑOZ, J.; CASTAÑEDA, V.; PÉREZ, M.; LAZARICH, M.; MARTÍNEZ, C.; MONTAÑÉS, M.; LOZANO, J.M. y CALDERÓN, D., 1993-94: «La secuencia prehistórica del poblado de La Mesa (Chiclana de la Frontera). Su contribución a la ordenación del territorio de la campiña litoral y banda atlántica gaditana». *Boletín del Museo de Cádiz*, VI, Cádiz, pp. 23-41.
- RAMOS MUÑOZ, J.; CASTAÑEDA, V.; PÉREZ, M.; LAZARICH, M. y MONTAÑÉS, M., 1996: «Aproximación al estudio de la tecnología lítica de las comunidades neolíticas de la banda atlántica de Cádiz. Sus inferencias socioeconómicas». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Vol. 1. Museu de Gavà («Rubricatum», 1), Gavà, pp. 151-160.
- RAMOS MUÑOZ, J.; CASTAÑEDA, V.; PÉREZ, M.; LAZARICH, M. y MONTAÑÉS, M., 1997: «Aportaciones al estudio del modo de producción de los cazadores-recolectores especializados y al inicio de la economía de producción en la banda atlántica de Cádiz (sur de España)». *Boletín del Museo de Cádiz*, VII (1995-1996), Cádiz, pp. 7-35.
- REY, J. y FUMANAL, M.P., 1996: «The valencian coast (western mediterranean): neotectonics and geomorphology». *Quaternary Science Reviews*, 15, pp. 789-802.
- RODANÉS, J.M. y RAMÓN, N., 1995: «El Neolítico antiguo en Aragón: Hábitat y territorio». *Zephyrus*, XLVIII, Salamanca, pp. 101-128.
- RODANÉS, J.M.; TILO, M.A. y RAMÓN, N., 1996: *El abrigo de Els Secans (Mazaleón, Teruel)*. La ocupación del valle del Matarraña durante el Epipaleolítico y Neolítico antiguo. Taller de Arqueología de Alcañiz («Al-Qannis», 6), Alcañiz, 107 p.
- RODRÍGUEZ, G., 1982: «La Cueva del Nacimiento. Pontones - Santiago - Provincia de Jaén (España)». En *Le Néolithique ancien méditerranéen*. Actes du Colloque International de Préhistoire (Montpellier, 1981). Fédération Archéologique de l'Hérault («Archéologie en Languedoc», n° spécial), Sète, pp. 237-249.
- RODRÍGUEZ ALCALDE, A.; ALONSO, C. y VELÁZQUEZ, J., 1995: «Fractales para la Arqueología: Un nuevo lenguaje». *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1), Madrid, pp. 13-24.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, A.C.; MARTÍN, D.; CÁMALICH, M.D. y GONZÁLEZ, P., 1996: «Las actividades tecnocómicas en 'Cueva del Toro' (Antequera-Málaga) a través del análisis funcional». En *I Congrés del Neolític a la Península Ibérica. Formació i implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Vol. 1. Museu de Gavà («Rubricatum», 1), Gavà, pp. 161-167.
- ROYO, J.I. y GÓMEZ LECUMBERRI, F., 1992: «Riols I: Un asentamiento neolítico al aire libre en la confluencia de los ríos Segre y Ebro». En Utrilla, P., coord.: *Aragón/litoral mediterráneo: Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Encuentro de homenaje a Juan Maluquer de Motes (Zaragoza, 1990). Institución Fernando el Católico, Zaragoza, pp. 297-308.
- SANCHIDRIÁN, J.L.; SIMÓN M.D.; CORTÉS, M. y MUÑOZ V.E., 1996: «La dinámica de los grupos precursores en la prehistoria andaluza. Ensayo de síntesis». En Cortés, M. et alii: *El Paleolítico en Andalucía*. Grupo de Investigación 6176 de la Junta de Andalucía, Área de Prehistoria de la Universidad de Córdoba, Córdoba, pp. 11-93.
- SARRIÓN, I., 1980: «Valdecuevas. Estación meso-neolítica en la sierra de Cazorla (Jaén)». *Saguntum-PLAV*, 15, Valencia, pp. 23-56.
- SCHUHMACHER, T.X. y WENIGER, G.-C., 1995: «Continuidad y cambio. Problemas de la neolitización en el Este de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*, 52 (2), Madrid, pp. 83-97.
- SEBASTIÁN, A., 1992: «Nuevos datos sobre la cuenca media del río Guadalope: el Abrigo del Barranco Hondo y el Abrigo de Ángel». *Teruel*, 79 (II), pp. 77-92.
- SILVA, C.T. y SOARES, J., 1981: *Pré-história da área de Sines*. Gabinete da Área de Sines, Lisboa, 231 p.
- SUCH, M., 1920: *Avance al estudio de la caverna Hoyo de la Mina*. Tipografía a cargo de E. Muñoz, Málaga, 88 p.
- UTRILLA, P., 1997: «Del Paleolítico al Epipaleolítico». *Caesaraugusta*, 72 (I), Zaragoza, pp. 15-57.
- UTRILLA, P. y MAZO, C., 1994: «El poblamiento prehistórico del valle del río Ésera (Ribagorza, Huesca)». *Bolskan*, 11, Huesca, pp. 53-67.
- VICENT, J.M., 1997: «The Island Filter Model Revisited». En Balmuth, M.S.; Gilmán, A. y Prados-Torreira, L., eds.: *Encounters and Transformations. The Archaeology of Iberia in Transition*. Sheffield Academic Press, Sheffield, pp. 1-13.
- VICENT ZARAGOZA, A.M. y MUÑOZ, A.M., 1973: *Segunda campaña de excavaciones. La Cueva de los Murciélagos, Zuheros (Córdoba), 1969*. Excavaciones Arqueológicas en España, 77, Madrid, 118 p.

- VV.AA., 1991: *Mésolithique et néolithisation en France et dans les régions limitrophes*. Actes du 113e Congrès des Sociétés Savantes, Commission de Pré- et Protohistoire (Strasbourg, 1988). Comité de Travaux Historiques et Scientifiques, Paris, 492 p.
- WALKER, M.J., 1977: «The persistence of upper Palaeolithic toolkits into early South-east Spanish Neolithic». En Wright, R.V.S., ed.: *Stone tools as cultural markers: chance, evolution and complexity*. Australian Institute of Aboriginal Studies, Canberra, pp. 353-379.
- ZILHÃO, J., 1992: *Gruta do Caldeirão. O Neolítico Antigo*. Instituto Português do Património Arquitectónico e Arqueológico (Trabalhos de Arqueologia, 6), Lisboa, 326 p.
- ZILHÃO, J., 1993: «The spread of agro-pastoral economies across mediterranean Europe: a view from the far west». *Journal of Mediterranean Archaeology*, 6 (1), pp. 5-63.